

# CENIT

*sociología*  
*ciencia — literatura*



Luce Fabbri: Democracia, liberalismo, socialismo, anarquismo.—Ugo Fedeli: Gustavo Hervé, teórico del antipatriotismo y del extremismo.—Eugen Relgis: El hombre libre ante la barbarie totalitaria: El individuo, el Pueblo, el Estado.—Dr. Pedro Vallina: El infierno verde.—Fritz Brupbacher: Marx y Bakunin (folletón encuadernable).—Felipe Alaiz: Blasco Ibáñez, el sultán que se comía los paisajes.—Anselmo Lorenzo: Un cuento cada mes: Amor.—J. Carmona Blanco: Un relato: Consideraciones de una vida breve.—Dr. Fabio Luz: Páginas maestras. Sepamos vivir en anarquía.—Federica Montseny: Bibliografía: «Mouvements ouvriers et socialistes», por René Lamberet.



ARZO  
1953

# 27

Revista Mensual

Contaminación de Madrid



## NUESTRA PORTADA

La reproducción de la figura humana y de todas las manifestaciones de la vida — animales, flores, paisajes, cosas — fué la primera conquista del genio humano.

Incluso la estatutaria moderna poco ha podido superar a la estatutaria antigua. ¿Acaso la mano del hombre ha producido obras que superen a la Afrodita de Praxiteles, al Discóbulo y a todas las obras que nos legó el arte griego?

A medida que el hombre ha ido penetrando en el universo secreto del pasado, que la arqueología ha ido descubriendo los tesoros artísticos sepultados bajo la arena de los desiertos o en el fondo de los mares, hemos comprobado incluso que el arte griego apenas superaba a lo que había sido el arte de los egipcios, de los antiguos persas, pueblos juzgados bárbaros.

Nuestra portada reproduce una escultura descubierta en las ruinas de Hadda. Manifestación del helenismo en el Extremo-Oriente. Representa un busto de adolescente lanzando flores sobre el Boudha. Arte remoto, en el que se vé la ejecución y la influencia de la primera civilización griega.

La historia de la humanidad y su lenta evolución a través de las edades, la cuna común de todas las artes y de todas las ciencias, cada vez destruyen más completamente el burdo tejido infantilista de la creación del mundo según las religiones.

## LA PENSÉE CHINOISE ET SON RÔLE DANS LA GRANDE SYNTHÈSE HUMAINE

por **Paul GILLE**

Se trata de un breve estudio de psicología, en donde, de una manera clara y concisa, queda reflejado el fondo moral que ha caracterizado, desde los tiempos más remotos, la filosofía de los pensadores chinos. Es una exposición objetiva que ha de interesar a todo aquel que se complazca en estudiar la evolución del pensamiento ético al través de los tiempos y de los pueblos.

Este opúsculo, incluidos gastos de envío, se sirve a 60 francos. Pedidos a «CENIT», 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

## CENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA  
Y LITERATURA

Comisión de Redacción: José Peirats, Juan Ferrer, Federica Montseny.

Administrador: F. Montseny, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CENIT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).



# DEMOCRACIA, LIBERALISMO, SOCIALISMO, ANARQUISMO

## FRENTE A LA AMENAZA TOTALITARIA



El título de este trabajo es aparentemente ambicioso, ya que comprende el nombre de cuatro complejas corrientes de pensamiento que son a la vez cuatro complicados y ramificados sistemas de organización social: daría evidentemente tema para cuatro libros de muchas páginas. Así que mi propósito no puede ser el de una exposición sistemática de las cuatro doctrinas y mucho menos un estudio de sus orígenes y un relato de su desarrollo. Mis palabras quieren sólo sintetizar en lo posible sus relaciones recíprocas, en tanto estas relaciones puedan interesar para el estudio activo —y no sólo académico— de los angustiosos problemas que enfrenta nuestro difícil mundo de hoy.

## UN CICLO HISTORICO SE HA CERRADO

Si pudiéramos examinar las publicaciones efímeras de los últimos dos siglos (y me refiero tanto a los diarios como a los primeros artículos de los primeros números de las revistas juveniles destinadas a renovar el mundo y que no duran dos meses, como a los libros «fundamentales» de síntesis, que a los pocos años revelan un carácter circunstancial) veríamos que cada generación está convencida de vivir la crisis decisiva de la historia del mundo o —por lo menos— de la historia moderna. Por eso la mayor cautela se impone cuando se habla de períodos históricos en relación con el mundo actual. Y sin embargo estoy convencida que mi generación vió verdaderamente cerrarse un ciclo histórico y abrirse otro, y que los que tienen hoy veinte

años han empezado su vida en la primera fase de este último, de ritmo mucho más acelerado, al que sólo nuestros nietos, si es que tienen posibilidad de vivir o sobrevivir, podrán ponerle un rótulo que le sirva de definición. Nuestra definición no puede ser sino provisoria.

El ciclo histórico que se ha cerrado con la primera guerra mundial y la revolución rusa, se había abierto con la batalla antiabsolutista que culminó en la revolución francesa, y se desarrolló bajo el signo del liberalismo y de la democracia, teniendo como contenido económico el capitalismo y como contenido cultural el romanticismo en la primera mitad del siglo XIX, el positivismo en la segunda. Los gérmenes socialistas que encontramos en la Revolución Francesa, incubados en el período de la restauración y de las revoluciones liberales, se desarrollaron vigorosamente después de 1848 y fueron sometidos a una elaboración teórica que sólo en el choque con las dificultades prácticas reveló sus aspectos vitales y sus puntos débiles. Llegamos a la primera guerra mundial en un estado que se creía de exasperación: crisis del socialismo, ansioso de realizaciones prácticas después de tantos decenios de lucha, desde el llano, crisis de esa confianza en la ciencia que había sido la característica de la mentalidad positivista, crisis del internacionalismo en que habían desembocado por natural antítesis las luchas por la independencia nacional en muchos países, crisis de la razón que pareció impotente frente al aflorar de las más diversas tendencias irracionales e irracionalistas, crisis de la democracia burguesa, atacada por la aversez conservadora en nombre de un nuevo absolutismo y por las masas tendencialmente socialistas por el carácter puramente formal de la libertad jurídica que era lo único que podía ofrecer a un mundo hambriento de realizaciones concretas. La revolución rusa pa-



reció contestar con su estallido ensordecedor a todas las preguntas implícitas en esta crisis: si el siglo XIX había sido el siglo de la burguesía liberal, el siglo XX iba a ser el siglo del dominio de las masas y del socialismo. La revolución rusa y su rápida transformación coincidieron cronológicamente (y ninguna coincidencia cronológica es casual, la contemporaneidad implica una coordinación lógica) con la segunda parte de la primera guerra mundial, con las últimas consecuencias del maquinismo del siglo XIX (transformación de los artesanos, que habían formado el núcleo vital de la Internacional, en masas obreras, expresión en que la palabra masa debe ser tomada en el sentido literal, de bloque homogéneo con una personalidad colectiva en que desaparecen los individuos), con corrientes irracionales de divinización de la fuerza y por ende del Estado concebido como expresión de la fuerza, continuación de las corrientes irracionales anteriores a la guerra, que a través de la guerra misma se habían vuelto sangrientemente concretas. Del superhombre de D'Annunzio («Piu che l'Amore») se pasaba fácilmente al infrahombre que asesinará a Matteotti. La guerra del 14 partió de la retórica para llegar al cinismo.

La contemporaneidad cronológica parece no significar nada en el punto de partida: en Rusia las masas son agrícolas y su homogeneidad no es hija de la máquina; la guerra parece haber incidido en ellas en distinto modo que en Occidente; pero la dictadura de partido que se sobrepone a la revolución popular arrastra a esta última al terreno terriblemente lógico del Estado fuerte. La dictadura se traga al socialismo, como en 1793 se había tragado la Declaración de los Derechos del Hombre.

He aquí diseñados los límites de nuestro estudio.

### UN NUEVO LIBERALISMO

En el absolutismo jacobino de Robespierre, en el cesarismo napoleónico, se abre el problema crítico de la democracia y del liberalismo, que había permanecido oculto bajo el brillo del iluminismo del siglo XVIII, intuido sólo por algunos espíritus precursores y que fué discutido por los teóricos, pero mucho más por los hechos, durante todo el desarrollo del siglo XIX, descubriendo poco a poco sus complicados abismos; en el absolutismo de Lenin y mucho más en el de Stalin muestra ahora sus entrañas el problema angustioso del socialismo, que antes de la Revolución rusa era sólo teórico y después se ha convertido en problema práctico (y problema práctico quiere decir hoy problema del que dependen la vida y la muerte). Las dos veces esta discusión crítica, llevada a cabo más por los hechos que por los hombres, ha conducido a un nuevo liberalismo.

La tesis que me propongo sostener —ya que fundamentalmente lo que quiero bosquejar aquí es una definición actual del anarquismo en función de la historia reciente, es que este último se presenta hoy en la confluencia de dos líneas evolutivas: la del liberalismo y la del socialismo, en tanto el primero se despoja de su tradicional pero adventicia vinculación con la defensa de la propiedad privada cada vez más anacrónica, y el segundo recoge la exigencia democrática de igualdad y justicia, llevándola del terreno jurídico y formal al terreno concreto de la economía, y comprueba a través de la suicida ex-

periencia totalitaria el valor vital que para su realización tiene la libertad.

### DEFINICIONES

Democracia y liberalismo se suelen confundir; y hasta hace poco esta confusión no figuraba entre las más ilegítimas y peligrosas, por lo menos en el ambiente uruguayo y en el de los pueblos que con éste tenían mayores afinidades y vínculos. En efecto, existe y existió una democracia liberal que dominó, por lo menos teóricamente, la mayor parte del siglo pasado y —en muchos lugares— buena parte de los años ya transcurridos de este siglo y para muchos difícilmente parece que pueda llegar a existir otra. Pero estos últimos se equivocan. Hemos llegado a la hora del vocabulario y de las definiciones. Las palabras son armas hoy, lo que puede también ser una reivindicación del espíritu frente a la brutalidad de la bomba atómica, pero tiene sus peligros: es una arma la claridad (arma defensiva del individuo que quiere desesperadamente conservar sus fueros atacados en todos los terrenos). Es una arma ofensiva la confusión verbal, empleada dándole a las palabras un valor no semántico sino mágico, para atacar esos fueros en sus mismas raíces.

Tratemos, pues, de dar su exacto valor a las palabras. La democracia no es necesariamente liberal; el cesarismo se ha basado siempre en plebiscitos que muchas veces eran fraguados y los más poderosos dictadores actuales (en acto o en potencia, potencia demostrada en actuaciones anteriores) de América del Sur, han subido al poder por el voto popular. Esto sin hablar de las democracias llamadas «populares» en las que es difícil ir a contar los votos. Es cierto que, a través de la dictadura, la democracia acaba fatalmente por perecer; pero ésta es una comprobación histórica y no una definición.

Otra confusión que hay que desterrar de nuestro vocabulario es la identificación abusiva de dos términos distintos y que a través de la última historia se han revelado opuestos. La libertad política y la empresa privada que caracterizó en lo económico el auge del que se suele llamar liberalismo burgués. Empecemos pues por definir los cuatro términos que debemos estudiar: la definición puede parecer un molde vacío; pero la historia se encarga de darle la realidad de carne y sangre.

El liberalismo es la doctrina que se preocupa por la defensa de la personalidad individual y considerando al Estado como un mal (el liberalismo clásico lo consideraba como un mal necesario), trata de limitar sus atribuciones, de disminuir sus poderes.

La democracia busca la liberación del individuo —de todos los individuos (y en ese todos está su valor) a través del ejercicio de la soberanía, de la participación en el poder. Si el liberalismo quiere la atenuación del Estado (es decir tiende lógicamente, si bien no empíricamente, a su eliminación), la democracia quiere apoderarse de él y por lo tanto a potenciarlo, estableciendo a través de él el dominio de la mayoría.

El socialismo es doctrina económica, que se presenta sin embargo como autosuficiente —bien por concebir la política como una sobreestructura de la economía (marxismo), bien por considerar que, a través de la organización igualitaria y colectiva de las relaciones económicas, el hombre puede sacudir



el yugo de las necesidades materiales, haciéndose capaz de una nueva libertad que le permita prescindir de la autoridad política. Como doctrina económica busca la igualdad en la abolición de la propiedad privada (en tanto signifique explotación) y en la gestión colectiva de los medios de producción y de intercambio.

**Anarquismo** es doctrina que niega la autoridad, ejercida sea a través de la organización estatal por la fuerza coercitiva al servicio de los gobiernos, sea a través de las posiciones privilegiadas vinculadas con la posesión de los medios de producción y de intercambio.

### RAICES HISTORICAS

El punto de partida de todas estas doctrinas, que se han traducido en otros tantos movimientos sociales, es el mismo. una exigencia profunda de libertad y justicia que sube desde lo más profundo del corazón en todos los momentos de la historia, expresión activa de un sufrimiento permanente del hombre frente a la miseria real y a la riqueza potencial de su condición humana. Cada uno de estos movimientos busca un distinto camino para la satisfacción de esa exigencia fundamental, de esa eterna sed que, según el Evangelio de Mateo, sólo será perfectamente saciada en el reino de los cielos, pero que los hombres tratan de saciar en esta tierra, bebiendo en los más alejados manantiales.

La ocasión y el tiempo de su nacimiento, los intereses materiales (económicos y políticos) con que, como todos los movimientos ideales, se aliaron, la visión particular de la historia que se refleja en cada uno de ellos, colorean sus diferencias y acompañaron su distinto desarrollo.

Esto es bien evidente si comparamos al liberalismo con la democracia. La antigüedad conoció la democracia, gobierno del pueblo por y para el pueblo, pero no tuvo sino la intuición del liberalismo. La rebelión del individuo contra el dominio de la mayoría adquirió en general en Grecia y en Roma un carácter aristocrático. (Sería interesante comparar la actitud filoespartana de la inteligencia ateniense en el momento del auge democrático, con la actitud de un Isurhe y — en general — de los liberales ingleses frente a la revolución francesa). Hay que decir, sin embargo, que en Grecia el régimen de ciudad-estado, con su carácter localista y el ejercicio directo de la soberanía por todos los ciudadanos, comprometía mucho menos que en los estados modernos los derechos de la persona, si tenemos en cuenta sólo a los que gozaban de ese derecho de ciudadanía. Pero estos derechos de la persona no fueron defendidos como tales hasta el advenimiento del cristianismo. Aquella frase atribuida a Jesús: «A César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios» — que para la tradición eclesiástica posterior ha sido interpretada como un reparto del cuerpo y del alma del hombre entre el Estado y la Iglesia — es el punto de partida del liberalismo. Más aún: un escritor católico de espíritu moderno, que fué catedrático en Roma de historia de las religiones, y murió sin haber querido reconocer como valedera la expulsión de que fué objeto del seno de la Iglesia, Ernesto Bonainti, la considera como una afirmación típicamente anarquista.

Pero ésta es prehistoria. El liberalismo, como nosotros lo conocemos, tiene un origen medioeval,

un origen aristocrático, feudal, conservador. Representa al principio la defensa, no de la libertad, sino de los privilegios tradicionales, llamados libertades, de los señores (y — por extensión — de las corporaciones y de los municipios, órganos de la naciente burguesía, que actúan al principio como señores colectivos), frente y contra el joven absolutismo monárquico, que busca su legitimación jurídica en el resucitado derecho romano. Representa al localismo feudal o municipal frente al gran estado; se preocupa por la tutela de los derechos individuales frente al soberano, de los derechos de las colectividades y concretas frente a la abstracción constituida por la nación y representada por el nada abstracto y muy contundente poder de los reyes. Estos ayudan a menudo a las clases oprimidas contra los señores feudales para apoyar en ellas su absolutismo (los Capetos en Francia apoyan a la burguesía, pero no hasta el autogobierno municipal; Enrique IV de Francia, en la lucha por las investiduras, se apoya — además que en el feudalismo eclesiástico — en los campesinos). Pero muy pronto combaten las autonomías comunales como habían luchado contra las inmunidades feudales. En esta lucha nacen, pues, a la vez el liberalismo — aristocrático en el punto de partida —, y la democracia municipal. Sería interesante estudiar esta última como antecedente de realidades o aspiraciones actuales, pero el punto escapa a nuestro tema, ya que la democracia que actúa como fuerza aun poderosa en el mundo de hoy es la que tiene su origen en la ilustración del siglo XVIII y en la Revolución Francesa.

La democracia del siglo XVIII contra los privilegios de la nobleza y, aun adoptando el binomio igualdad-libertad, pone el acento en el primo término, es decir en la igualdad y lleva a un cambio de la clase que detenta el poder, substituyendo a la aristocracia por la burguesía. La democracia jacobina, que parte de Rousseau para llegar a Robespierre, hace de un sentimiento evangélico de amor hacia los oprimidos, pero acaba utilizándolos como instrumento de poder, al abandonar los postulados liberales que acompañaban a los democráticos en la Declaración de los derechos del hombre. La consecuencia de la política centralizadora y autoritaria de la Convención es el absolutismo napoleónico, así como los métodos dictatoriales con que César había querido realizar la revolución democrática romana había llevado al absolutismo conservador de Augusto (y es interesante observar de paso cómo un historiador liberal burgués G. Ferrero, le hace a Napoleón, en su libro «L'Aventure», los mismos reproches que le había hecho a César en su clásica «Grandeza y decadencia de Roma». En la misma forma — pero ya no en el terreno de la democracia formal sino en el de la revolución socialista —, los métodos dictatoriales de Lenin prepararon el cesarismo contrarrevolucionario de Stalin.

### IDEAS Y CLASES

El origen de estas tres corrientes (liberalismo, democracia, socialismo), no es clasista en su esencia, pero está más o menos vinculado a una clase: el liberalismo es hasta cierto punto aristocrático en su nacimiento; el triunfo de la democracia está cronológicamente ligado con el de la burguesía, el



socialismo es proletario. Pero esto es cierto sólo si se considera el elemento social en que estas corrientes se apoyan en las primeras fases de su desarrollo. Este elemento clasista es circunstancial y destinado a ser absorbido por el tiempo que transcurre y transforma más rápidamente las realidades materiales que las ideas de los hombres.

Las premisas del liberalismo, entendidas sin prejuicios de clases, debían llevar a una convergencia con el aspecto positivo de la democracia. Ahora bien: los valores puramente políticos de la democracia liberal, conquistados en las revoluciones con que Europa sacudió el absolutismo de la Restauración, les parecieron a nuestros padres tan definitivamente adquiridos, que se depreciaron rápidamente frente a las exigencias mucho más profundas y completas del socialismo en proceso de desarrollo teórico y en plena función fermental en el terreno práctico.

Nacido del mismo impulso igualitario y — en el fondo — afectivo, que había generado la democracia, el socialismo es el heredero de ésta última, completando su aspiración a la igualdad jurídica frente a la ley con la otra a la igualdad social y económica, y oponiéndose por lo tanto a la principal fuente de desigualdad en el mundo moderno en el período que separa las dos revoluciones: la propiedad privada, cuya forma más poderosa es la empresa capitalista.

Heredero de la democracia, el socialismo se opuso, en cambio, en la segunda mitad del siglo pasado, a los aspectos liberales de la sociedad burguesa, y se comprende, dado el contenido clasista que, en el momento del choque teórico, tenían ambas corrientes. Este contenido es a mi modo de ver circunstancial, pero ha determinado una falsa oposición que está pesando en los desarrollos actuales de las ideas y de los hechos. En efecto es un lugar común — de esos que sobreviven a la situación que los hizo nacer — el de considerar individualista y liberal al capitalismo y de ver en el predominio de la colectividad sobre el individuo el principal carácter del socialismo. Esta visión, derivada no sólo de las condiciones históricas del período de la euforia industrial, sino también del paneconomismo con que la corriente marxista que partía de Hegel satisfacía la tendencia positivista a considerar la historia como ciencia exacta, ha perdido rápidamente actualidad en los hechos. Cuando Lenin llamaba despreciativamente la libertad «prejuicio pequeño-burgués», gritaba el lema, no del socialismo, sino del totalitarismo en ciernes; y el eco fué el ruido del simbólico coche de Mussolini que aplastaba el «cadáver putrefacto de la libertad» y el clamor de «vivan las caenas», resucitado por los tradicionalistas en la última guerra civil española.

El pretendido individualismo de los industriales de la primera mitad del siglo XIX no era sino la expresión del deseo de limitar la autoridad del Estado en materia económica: era una nueva clase y también una nueva forma de autoridad que surgía, con todo el empuje de las fuerzas nuevas; no necesitaba tutela — como la necesita hoy en su ocaso — y quería ser dejada sola en su combate contra las fuerzas adversas: la agricultura (hay que recordar la batalla contra el proteccionismo tri-

guero en Inglaterra), su propia mano de obra (contra la que defendía la libertad de contratación, cuyo resultado eran salarios que no rebasaban el mínimo vital), el consumo. Es en la batalla contra los consumidores, es decir en la de los mercados y de los precios, que el capitalismo industrial sufrirá sus primeras derrotas; de ahí los carteles o trusts (negación del pretendido individualismo originario) que aspirarán, en un segundo momento, no a ser tutelados por el Estado, sino a ser dueños del Estado, y lo conseguirán en la etapa imperialista del capitalismo, que culminó en la guerra del 1914-18 y no ha terminado aún del todo, ya que ahora vivimos en una avanzada etapa de transición.

## EL CAPITALISMO Y LA PERSONA HUMANA

El llamado liberalismo capitalista ha sido pues, un fenómeno completamente efímero y además superficial, por estar ligado a una fuerza de carácter más económico que político (es decir, a un deseo de riquezas aún no claramente identificado, como más tarde, con un deseo de poder). Los industriales deseaban limitar la fiscalización estatal, como los señores feudales, en la Edad Media, deseaban limitar las atribuciones del Rey. Ambos deseos están ligados con la historia del liberalismo, pero pertenecen a la parte accidental de su nacimiento y de su desarrollo. Toda fuerza histórica tiene esas contribuciones accidentales, ajenas a sus razones profundas.

Individualista había sido el taller artesano; todo lo contrario es la gran fábrica con su sistema de trabajo clasificador y uniformador. Hay en ella una sola personalidad: el empresario, que por parte tiende a multiplicarse espiritualmente, absorbido por el carácter puramente económico de sus funciones y reducido muy pronto a ser un engranaje privilegiado de su empresa. La mano de obra es por su parte cada vez más indiferenciada. Miseria y trabajo no especializado (muy pronto trabajo en cadena) son los dos factores de esta disminución de la individualidad personal en la base de la sociedad. Los dos caminos de la reconstrucción de la persona en la muchedumbre de los productores son, por un lado el aumento del nivel de vida que es — a pesar de todo — una consecuencia posterior del maquinismo (espada mágica que cura en parte las heridas que él mismo ha producido) y por el otro — en mayor medida — las asociaciones obreras que, dándole al trabajador manual, posibilidades de defensa, de afirmación, de penetración como fuerza autónoma en los engranajes de la producción, le restituyen aquella dignidad personal que el sistema del salariado tendía a quitarle. La asociación es el único medio para salir del rebaño. El capitalismo no fué, pues, nunca individualista como fuerza social.

LUCE FABBRI

Montevideo, 3 de febrero de 1953.

(Continuará.)



# GUSTAVO HERVE

## Teórico del antipatriotismo y del extremismo

**E**N 1913, y en la primera mitad de 1914, se podía creer que las «vibrantes resoluciones contra la guerra» votadas en los comicios, al margen de la actividad de los gobiernos, y también las incitaciones de la propaganda chauvinista socialdemócrata, podrían, al menos, ser neutralizadas. Y que por la propaganda antipatriótica, que especialmente en Francia y en Italia se había desarrollado durante largos años, la guerra podría encontrar una barrera capaz de detenerla. Desgraciadamente, las resoluciones de los comicios contra la guerra, como cuanto formaba la base de la propaganda antipatriótica, eran mera palabrería.

El mismo herveísmo, que había hecho tanto ruido, demostraba ser lo que siempre había sido: una borrachera verbal. El nuevo Blanqui, el gran revolucionario que parecía haber revivido en Hervé, del que se decía tenía de común con el viejo desaparecido no sólo la cantidad de años de cárcel recibidos o expiados, sino que también el espíritu batallador e insurreccional que había sabido infundir aquél a su movimiento, se convertía, en vísperas de la guerra, en un mediocre clérigo.

Hervé y el herveísmo representan, no obstante, una página importante del movimiento revolucionario mundial, que por la influencia que tuvo sobre el movimiento anarquista, merecen ser conocidos.

¿Quién fué Hervé? Un lugarteniente suyo trazó la figura del que por muchos años captó la atención y la simpatía de los revolucionarios, franceses y de otros países, y las iras de la policía, de este modo:

«Hervé es una de aquellas figuras, mezcla de inteligencia y de arrivismo; un tipo nimbado de gloria vaporosa, que quiere ver estampado su nombre con grandes caracteres, y que los movimientos revolucionarios producen con bastante frecuencia».

Este hombre «cuya miopía era tanto moral como física, no había leído nunca un libro, no había nunca contemplado una bella obra de arte, ni participado nunca de la verdadera vida; pero estuvo siempre persuadido de la importancia que el mundo daba a cada palabra por él escrita» (1). Esta semblanza fué quizás trazada con excesiva brutalidad, pero responde bastante al original.

Siguiendo a Hervé en su carrera política, vemos con claridad el cumplimiento de la parábola involutiva que le llevó del antipatriotismo a ultranza, pues incluso desde la cárcel dirigía la lucha entablada contra el ejército y contra el espíritu patriótico, a la conversión ultrapatriótica. Cuando la

guerra estaba lejana, tronó contra el militarismo envilecedor y bestial; pero al precisarse el peligro de esta guerra, y precisamente cuando más necesaria era la lucha, y, peor todavía, cuando estalló la guerra misma, su periódico se transformó de «Guerre Sociale» en la simbólica «Victoire», especializándose Hervé mismo como consejero y «dirigente» de la guerra, y luchó contra sus ex compañeros que habían permanecido fieles a sus enseñanzas de los años precedentes.

Pero la importancia de sus actuaciones han sido, por cierto período de la historia del movimiento revolucionario francés, de tal importancia, que se hace indispensable estudiar su caso.

Profesor de historia en Sens, fué, como consecuencia de su actividad antimilitarista, suspendido de su cargo. Su extremismo, más bien verbal, además de acarrearle diversas condenas y acumular muchos años de prisión, destacóle en el movimiento revolucionario francés, pues su posición respondía real y profundo descontento, difundido en amplios estratos del pueblo de Francia, contra la guerra que se estaba preparando. En realidad, Hervé no ha sido nunca anarquista. En consecuencia, después de la publicación de su primer libro, que provocó gran escándalo, «Leur Patrie», en 1905, fué invitado a formar parte del Partido Socialista francés. Es verdad, también, que algunas veces llamó aquél a los libertarios «mis amigos anarquistas», como también es cierto que entorno a su obra y a sus actividades, las del primer período, sobre todo en lo que va de 1903 a 1912, supo atraerse a muchos anarquistas y pudo ejercer una cierta influencia sobre el mismo movimiento anárquico.

Su lenguaje parecía sincero, y el extremismo, de consecuencias extremas, a que su pensamiento llegaba, hacía mella sobre todo en aquellos ¡y son tantos! que atienden más a las palabras que a los hechos y a sus últimos resultados.

La revista «Il Pensiero» (2), como consecuencia de la publicación de un informe dirigido al Congreso Anarquista Italiano (Roma, del 6 al 20 de junio de

(1) Del libro «Le général et le lieutenant», correspondencia entre Gustavo Hervé y Carlos L. Hertmann, Génova, 1917. Edición de la revista «Demain», con una introducción de H. Guilbeaux.

(2) Revista «Il Pensiero», dirigida por Pedro Gori y Luis Fabbri. Quincenario de Sociología, Arte y Literatura. Año V, n° 15, Roma, agosto de 1907.



1907) por el grupo socialista-anárquico «Constantino-Quagghieri, de Roma, acusando a Hervé de haber plagiado el antimilitarismo libertario, publicaba una carta de rectificación del periódico antimilitarista «La Pace», de Génova, de Ezio Bartalini, en la que entre otras cosas decía:

«Si el compañero redactor de aquel informe se hubiese tomado la molestia de hojear el único libro de Hervé publicado sobre el argumento, «Leur Patrie», hubiera encontrado allí la sincera declaración de que el antimilitarismo revolucionario y el antimilitarismo impropriamente bautizado con el nombre de herveísmo, son de origen libertario. Hervé incorporó algo más: las mismas fórmulas de la insurrección en caso de guerra, la huelga general de soldados, etc., que había tomado del compañero Domela Nieuwenhuis, que lo había en vano sostenido en los congresos socialistas de Bruselas (1891) y de Zurich (1893).»

De todas maneras, entorno a la publicación herveísta «La guerre sociale», se agruparon muchos anarquistas y algunos colaboraron allí esporádicamente. Pero casi todos los formados en su escuela, en la que el oportunismo y el «sens scrupule» eran idealizados como medios de lucha, terminaron mal, empezando por Hervé y acabando por todos sus lugartenientes, Almeréyda, Merle, etc. En aquel ambiente, la doblez fué siempre una de las cosas más cultivadas. Ejemplo de ello es un artículo publicado en «Guerre sociale», el 18 de febrero de 1914, en el que el mismo Hervé escribía:

«El viejo Liebknecht, que fué con Bebel el fundador de la socialdemocracia alemana, el solo alemán con cabeza francesa, posiblemente porque era hebreo, decía a los doctrinarios, que no son raros en los medios socialistas de allende el Rhin: «Si los acontecimientos lo exigieran, cambiaría de táctica 24 veces en 24 horas». Yo lo haría gustosamente 48 veces aunque se me llamase el General Veleta de todos los cerebros de Francia y de Navarra».

En esta afirmación encontramos la llave del «oportunismo» herveísta y el de gran parte de los hombres que fueron, por mucho tiempo, vecinos de Hervé, y la explicación de la conducta de éste, de su forma de pensar y de conducir la lucha.

Desde las incandescentes páginas de «Leur Patrie» (3) a las violentas intervenciones en el Congreso Socialista de Stuttgart, en 1907, hay toda una progresiva demolición del mito de la «patria» y una continua incitación a la unión de las fuerzas del proletariado, por encima de las fronteras y contra todos los gobiernos.

En el Congreso de Stuttgart, ante los ataques de la mayoría socialdemócrata alemana, que defendía la política de rearme de su gobierno, Hervé replicó:

«Si marcharéis un día contra la Francia revolucionaria, veréis revolotear sobre nuestras comunas insurreccionales la bandera roja de nuestra Internacional que habríais vosotros traicionado».

Pero algunos años más tarde, entre 1912 y 1913, había ya iniciado su «rectificación de tiro» que debía llevarle, del abandono de la vieja consigna de «barrar el paso al militarismo», y de la necesidad de «destruir el ejército», a la nueva consigna de «conquista del ejército» y, finalmente, a su nuevo manifiesto: «Désarmement des haines».

Hasta entonces se había declarado siempre internacionalista, y había escrito un interesante volumen sobre «El internacionalismo» (4), en el que afirmaba:

«Los que leyeron profundamente este libro, se

convencerían, indudablemente, de que el internacionalismo no es una vaga doctrina salida una buena mañana del brumoso cerebro de cualquier socialista deseoso de turbar la digestión a sus contemporáneos; sino un estado de cosas y un estado de espíritu que brota de las vísceras mismas de nuestra civilización capitalista tal cual ha sido formada recientemente por el vapor y la electricidad».

En el famoso comicio de 26 de abril de 1903 —que señala la verdadera fecha de nacimiento del herveísmo— que tuvo lugar en París, en la inmensa sala del Tivoli (Vaux-Hall), celebrado para festejar la unidad socialista concertada por un congreso nacional, Hervé se dió a conocer pronunciando uno de los más vigorosos ataques contra el patriotismo; discurso que provocó largas discusiones y ataques a su autor, incluso en el seno del propio partido socialista. A estos ataques, Hervé contestó con un artículo, publicado en «Le Travailleur Socialiste», órgano de la Federación Socialista del Yonne, la misma federación que había representado Hervé en la sala Tivoli. En el artículo decía:

«Nosotros responderemos a la orden de movilización con la huelga general de reclutas, primero; después, con la insurrección. Estamos muy decididos a no dar una gota de sangre ni un milímetro cuadrado de nuestra piel por la patria actual» (5).

Y revuelto contra cierto socialista burgués, Viviani, que le había atacado en «L'Humanité», órgano oficial del partido socialista francés, decía:

«La actual patria burguesa es para ellos (los socialistas burgueses) una madre; la defienden hasta la muerte. Pero se engañan lamentablemente si piensan que el proletariado mísero y afligido por el sobretrabajo, que forma el grueso del partido, y para el cual la patria francesa es, bajo la etiqueta republicana, una mentira tan cruel como la patria alemana, se halla dispuesto a hacerse matar por ella. No nos batiremos, pues, para defender la patria actual; nos batiremos, cuando el hecho ocurra, para realizar el régimen socialista, para defenderlo cuando lo hayamos instaurado. De ello se infiere que los patriotas republicanos, considerándola una deidad, admiten la guerra contra el extranjero. Nosotros no admitimos que una sola guerra, la guerra civil, la guerra social, la guerra de clases, la sola que en la hora presente, en la Europa del siglo XX, puede aportar alguna ventaja real a los explotados de todos los países» (6).

Y desde entonces, tras la publicación de su primer libro (1905), libro que hizo mucho ruido en todos los sectores y países, nació aquella tendencia definida como «herveísmo». En este caso, como en muchos, lo que hizo famoso el libro «Leur Patrie» y al her-

(3) «Leur Patrie», primera edición, 1905. Nueva edición, 1910, aumentada con tres nuevos capítulos, dos relativos a los Congresos Obreros y Socialista, el de la C.G.T. francesa, de 1906-1908 y el de la Internacional Socialista de Stuttgart, de 1907. Edición de la «Guerre Sociale», París, pág. 319.

«La Patria di Lor Signori», edición italiana, Génova, 1908, a cargo del periódico «La Pace». Traducción y notas de Fanny dal Ry y prefacio de Ezio Bartalini, p. 192.

(4) «L'Internationalisme», editores V. Giard y E. Brière. París, 1910. Este volumen contiene muchos errores imperdonables en un «profesor de historia», pero en conjunto el libro no es malo.

(5) «La Patria di Lor Signori», edición italiana, p. 185.

(6) «La Patria di Lor Signori», pág. XLVII.



veismo, ha sido sobre todo una frase, que motivó invectivas feroces de una parte y conatos de revuelta en otra: «Echar la bandera al estercolero». La frase hizo sensación y fué empleada como una terrible acusación contra el autor, pero el pensamiento de Hervé había sido deformado intencionadamente para poder atacarlo más fácilmente.

En un artículo publicado en «Le Travailleur Socialiste», del Yonne, en ocasión del aniversario de la batalla de Wagram, Hervé definió aquel acontecimiento como «una jornada de luto y de vergüenza para Francia». Y añadía:

«Una gran nación que había proclamado los Derechos del Hombre y del Ciudadano, estuvo enamorada durante más de diez años de un bandido uniformado».

Y tras haber afirmado que la locura guerrera que invadió a la Francia napoleónica había sido un crimen contra la humanidad, concluía:

«Para que sirviese el cuartel de ejemplo moralizador al soldado de nuestra democracia, para deshonrar a sus ojos el militarismo y la guerra de conquista, quisiera que se amontonase, en el patio principal del cuartel, toda la inmundicia y todo el estiércol del mismo y que, solemnemente, en presencia de toda la tropa formada, al son de la música militar, el coronel, en gran uniforme, plantara encima la bandera del regimiento.»

¿Por qué tomó el antimilitarismo, particularmente en Francia, el nombre de herveísmo? ¿En qué consistía éste? Concedamos la palabra al propio Hervé. Lo que llamamos herveísmo «ha sido siempre, en cualquier parte, lo contrario del antimilitarismo y del pacifismo. Ha sido, y es aún, un intento de resurrección en el socialismo contemporáneo, especialmente en Francia y en los países latinos, de la táctica insurreccional a la que está unido el nombre de Blanqui, aquella táctica que, por tres veces, el 10 de agosto de 1792, en febrero de 1848, y el 4 de septiembre de 1870, fundó entre nosotros la república».

Más tarde, durante 12 años, se esfuerza en recordar al partido socialista, que pueden presentarse horas trágicas en las cuales, el boletín del voto, eficaz en tiempo de calma, sería un arma ridícula y insuficiente, y «nosotros nos veremos obligados a emplear, a pesar de nuestra repugnancia por la violencia, la fuerza revolucionaria para hacer salir del vientre de la vieja sociedad, otra nueva». Esta clarificación la escribió en el prefacio de su libro dedicado a la «Conquête de l'Armée», a punto ya de «rectificar el tiro», en 1913, y añadía, a cuanto queda dicho, esta otra afirmación:

«En previsión de esta eventualidad (la de una acción revolucionaria), es preciso cultivar entre nosotros cierta virtud militar; porque las virtudes militares son indispensables para la conquista insurreccional de la república social» (7).

Como puede verse, no se trataba ya de la insurrección contra la guerra o de la negación a formar parte del ejército, sino que iba más allá de una fórmula transitoria. Había aquí un puente entre la actitud precedente y la que seguiría: la conquista del ejército y el reconocimiento de las virtudes militares.

«Es evidente que con el régimen de Nación Armada, y con las armas terribles de que disponen los ejércitos permanentes de hoy, cada movimiento insurreccional de carácter político-social que no se apodere de una parte al menos del ejército, y de una clase trabajadora no solamente apta para ma-

nejear las armas modernas, sino capaz de disciplina y de coraje militar, veríase abocado a la más sangrienta de las catástrofes» (8).

Pero su transformación no se producía rápidamente. Esta era lenta, pero continuas las modificaciones y rectificaciones de sus puntos de vista sobre la lucha. No aconsejaba ya la negativa a prestar el servicio militar, sino ingresar en los cuarteles para propagar allí el «desarme de los odios». Su paso era lento pero consecuente con todas sus nuevas posturas.

¿Qué opinaban sus secuaces, los numerosos socialistas y anarquistas que le habían sostenido en sus ruidosas manifestaciones antipatrióticas?

Esta «rectificación de tiro» tuvo una repercusión directa en la difusión del periódico, del que se vendían antes millares de ejemplares y había caído ahora a un nivel de tiraje muy limitado. En aquel momento, tanto él como sus acólitos, estaban maduros para la guerra.

Cuando estalló ésta en 1914, asumió Hervé con «éclat» una posición ultrapatriótica y chauvinista, y entre otras cosas, escribió su famosa «Carta al Ministro de la Guerra» (9): «Pido ser incorporado al primer regimiento que parta para la frontera», cuando más práctico y de menos reclamo hubiera sido presentarse a la Caja de Reclutamiento. Pero la necesidad de exhibición era más fuerte que cualquier convencimiento.

No obstante su ofrecimiento de partir para el frente, la guerra la hizo en París, en la redacción de su nuevo periódico «La Victoire», donde, empleando la misma virulencia con que había combatido antes el militarismo y la guerra, combatía ahora a aquellos ex correligionarios que se habían mantenido consecuentes y que persistían en su aversión a la guerra y al militarismo.

A partir de este momento fué uno de los más feroces chauvinistas y come-boches, y el más activo «confidente» de la policía política contra sus viejos amigos. Y su periódico «La Victoire», convertido en diario, precisamente en mérito a sus ataques contra los socialistas, era distribuido, a expensas de las autoridades militares, entre los soldados del frente.

La parábola se había cumplido; el antipatriota se había convertido en chauvinista, y el General-Veleta había encontrado al fin viento favorable. Pero, como hombre, había terminado. Y de hecho, después de algunas tentativas infructuosas, en 1922-24, para dar vida, como hizo en Italia Mussolini con el fascismo, a un Partido Socialista Nacional, volvió a la sombra, cayó en el olvido, pero la lucha contra el militarismo y la guerra continúa planteada como un problema básico para la clase laboriosa, para el movimiento revolucionario en general y para los anarquistas en particular.

Ugo FEDELI

(Traducción de J. Peirats).

(7-8) «La Conquête de l'Armée», ediciones de «La Guerre Sociale», París, 1913, pp. 10, 16 y 147.

(9) «La Patrie en Danger», recapitulación in extenso de los artículos publicados por G. Hervé en «La Guerre Sociale», desde julio al primero de noviembre de 1914. París, agosto de 1915. «Bibliothèque des Ouvrages Documentaires», pág. 346.



# El hombre libre ante la barbarie totalitaria

## EL INDIVIDUO, EL PUEBLO, EL ESTADO

(Conclusión)



Los «realistas» pueden sonreír con desdén al leer estas líneas. «Pero la guerra viene, está ya cerca», replican éstos al calificar de derrotistas a los pacifistas a ultranza. Podemos contestarles con Emilio Veran («Anachronisme des armées», en «Pensée et Action», de Hem Day, Bruselas, número de marzo-abril de 1951, consagrado a la objeción de conciencia y de razón) que las guerras existen porque existen los soldados: «Suprimir los poderes soberanos es suprimir el ejército; suprimir el ejército es suprimir la guerra», dijo Victor Hugo. *«Un pueblo, para ser formidable, le basta permanecer inmóvil»*. El genio de Mirabeau adivinó ya que la fuerza más potente de nuestros tiempos es la que resiste sin violencia a la fuerza opresora de un Poder nacional o de otro Poder cualquiera. Tenemos que apelar a métodos que excluyan la violencia militar (método gandhiano, resistencia individual, etc.). «¡Permanecer inmóvil!» Se pueden citar numerosos ejemplos, en el pasado remoto—y en el curso de las dos guerras mundiales—para demostrar que los pueblos saben cruzarse de brazos y convertirse en «formidables» a pesar de la fuerza brutal de los guerreros. Y no solamente en los pequeños países como en Dinamarca, Holanda, y Noruega, sino en Francia misma: «Dos veces defendido no militarmente, dos veces fué salvado París. Dos veces «defendida» militarmente, dos veces fué arrasada Varsovia. Los países que permanecieron intactos son aquellos en cuya defensa no intervino la operación militar. ¡He aquí la realidad a través de todas las imposturas verbales!» («Anachronisme des armées», etc.).

No eran pocos los que conocían esta verdad y que rechazaron el servicio militar antes de la última guerra. Romain Rolland, sosteniendo la alianza de ciertas potencias políticas, llegó—como hemos dicho—a un callejón sin salida. Reconocer un error, hacer marcha atrás para volver a encontrar el buen camino, era más natural, más digno para él, para Rolland de «au-dessus de la mêlée» de 1914, para el que lanzó en 1919 la inmortal «Declaración de Independencia del Espíritu». Pero en 1938, cuando todo el mundo creía que la segunda guerra mundial estaba a punto de estallar, Rolland firmó con Paul Langevin y Francis Jourdain un telegrama a Daladier y Chamberlain «apremiando a los gobiernos francés e inglés a un acuerdo inmediato entre las potencias democráticas, para impedir con la unión estrecha y mediante medidas enérgicas el atentado perpetrado por Hitler contra la independencia y la integridad de Checoslovaquia y por consecuencia de la paz europeo...»

Hay que leer el folleto del escritor Jean Giono: «Precisiones» (Colección «Vivre Libre», Ed. Grasset, París, 1939), en el cual evoca éste la gran angustia de aquel año, para comprender su severa pregunta: «¿Quisiera saber en qué momento Romain Rolland no miente». Pues Giono, que escribió también «Refus d'obéissance», y que preparó con sus amigos, en gran parte del mediodía de Francia, la resistencia activa

contra la guerra, prueba que las «medidas enérgicas» pedidas por Rolland y demás firmantes, simpatizantes comunistas notorios, significan simplemente la guerra. Es por esto que Giono firmó con Alain y Victor Marguerite, otro telegrama dirigido a Daladier y Chamberlain, para expresar la seguridad de que la inmensa mayoría del pueblo francés es consciente de la monstruosidad de una guerra europea, y que cuentan con la unión de los gobiernos francés e inglés «no para entrar en el círculo infernal de los mecanismos militares, sino para resistir a toda atracción y para salvar la paz por arreglo equitativo», etc.

Giono, y otros como él, quedaron firmes en sus posturas: resistencia pacifista «aceptando las terribles consecuencias (deberían conocerlas más tarde: prisión, campo de concentración, torturas, asesinato), mientras que Rolland, una vez sobre la pendiente resbaladiza de las «realidades políticas», se convirtió en el partidario de la guerra contra el fascismo (1). ¡Lo que no impidió de firmar el siguiente mes (primero de octubre de 1938) el llamamiento de los maestros franceses contra la guerra, redactado precisamente en los mismos términos que el telegrama de Giono, Alain y Marguerite! En su telegrama, Rolland ha firmado estas palabras: «impedir mediante medidas enérgicas», es decir, por la guerra; en el llamamiento de los maestros ha firmado precisamente lo contrario: «perseverar por la vía de las negociaciones». Y Giono comenta severamente: «Como mínimo hay una firma que ha otorgado por orden. Posiblemente mientras dos veces; y la triste realidad puede ser aún que firme cuanto se le someta y que seguirá firmando no importa que (creemos que aquí el autor exagera. E. R.) mientras tenga en los dedos la suficiente fuerza para sostener la pluma...»

No citamos más. Es demasiado penoso, para Rolland como para Giono; uno por su grandeza pasada, el otro por su coraje («Tengo que declarar pura y simplemente que mis actos personales se adaptarán exactamente a lo que he escrito en «Refus d'obéissance», 7 septiembre 1938), por su firmeza («Queremos que la Francia tome inmediatamente la iniciativa de un desarme universal», telegrama al presidente Daladier, 30 de septiembre de 1938), por el ejemplo de fidelidad a sí mismo, dado con otros pacifistas integrales, menos conocidos del gran público, y que han pagado muy caro su solidaridad con los individuos independientes y las masas «primidas, por encima de las naciones, de los partidos y de los Estados.

(1) Refiriéndose a la persistencia de Romain Rolland «fidèle fondateur» de la U.R.S.S., y a la actitud de Gorki que corrió el empeñado en defender a las víctimas de la guerra civil, Victor Serge escribió en sus «Pages de Journal»: «Hay, pues, un envejecimiento de las personalidades más fuertes, de las más elevadas, de las más humanamente lúcidas, y ni la obra ni la experiencia no las preservan del infortunio por el entumecimiento, por el endurecimiento cuando se agarran al fin de la vida a la ilusión de servir, a pesar de todo, a una gran causa.»



Pero los acontecimientos se precipitaron a pesar de las solemnes advertencias de Franklin D. Roosevelt, a pesar de la hipócrita intervención de Mussolini acerca de Hitler, su compadre de rapiñas, a pesar de los «humillantes» y tardíos viajes a Munich por el flemático Chamberlain y del gastado Daladier. Los «amos» del mundo no podían ya frenar la guerra después de haber ayudado a Hitler, de una manera oculta, a llegar a las cimas del Poder, con la falsa esperanza de que sería—con sus ejércitos de ciego autómatas (S.A.) y de fríos asesinos (los S.S.)—un reducto contra el bolchevismo. El fascismo pardo y el fascismo rojo se han mejor entendido a expensas del Occidente «podrido y timorato». En agosto de 1939, concluyeron ese pacto de «no-agresión», uno de los documentos más estupefactivos, cínico a la vez que vergonzoso, que puede nuestra época ofrecer al fallo objetivo de la historia. Asegurándose la libertad de movimiento hacia el Oeste, hacia el Centro y el Sur de la Europa, Hitler dió a Stalin—viejo zorro, más hábil que el rabioso *bulldog* alemán—carta blanca para hacer en el Este lo que exactamente hizo en Austria, en Checoslovaquia, en Hungría y otras partes. Ambos se repartieron grandes tajadas del cuerpo de Polonia y de Rumanía. Y el dictador soviético arrambló todavía, para precaverse contra el delirante dictador nazista, con los pequeños países bálticos para convertirlos en provincias-tampón. Poblaciones enteras fueron deportadas al fondo de la Siberia, e Hitler hubo de hacer lo mismo con los suyos, hacinando en la ya congestionada Alemania millones de *arios* que desde hacía tiempo vivían confortablemente en las regiones caídas bajo la dominación de los rojos. La prueba más concluyente de la identidad de los medios inhumanos de todos los fascismos, a pesar de sus *ideologías* o *doctrinas* diferentes, ha sido brindada por ese pacto entre el nazismo y el bolchevismo. Y algunas días más tarde, hacia el primero de septiembre, la guerra contra los Aliados estalló irresistiblemente con sus calamidades consiguientes. El pacto de no-agresión fué rasgado, como tantos otros, en 1941, cuando la U.R.S.S. fué invadida a su vez por los ejércitos alemanes. La alianza entre Francia, Inglaterra y la U.R.S.S., que preconizó Rolland sobre la fórmula de la paz indivisible algunos años antes, se convirtió en una *realidad*. Los Estados Unidos de América entraron también en el sangriento juego. Pero la realidad de esta alianza contra el triángulo fascista Berlin-Roma-Tokio era muy precaria. Incluso antes de la victoria se preveía entre los aliados los nuevos conflictos de que somos testigos en este año de gracia de 1953...

No hacemos aquí la historia de la segunda guerra mundial. Nos hemos referido solamente a ciertos aspectos decisivos, para preguntarnos cómo Romain Rolland reaccionó en estas circunstancias trágicas. A pesar de nuestras investigaciones no podemos ofrecer a los lectores un texto original concerniente a la actitud de Rolland sobre el híbrido y siniestro pacto de *no-agresión*. Sin duda confió a su «Journal», inédito todavía, sus reflexiones y juicios; puede que también su amargura, su disgusto o su reprobación... Hay, pues, que esperar sin perderse en suposiciones o «deducciones lógicas». Pero se puede precisar que, el 13 de abril de 1933, en una carta a Georges Pioch, presidente de la Liga Internacional de los Combatientes por la Paz, Rolland escribía que, en el caso de un conflicto armado entre la U.R.S.S. y «cualquiera Santa Alianza fascista» no era permitido dudar un solo instante sobre el partido a tomar. El se situaba al lado de la U.R.S.S., «el único reducto del nuevo mundo del trabajo que organiza sus destinos». ¿Respetó esa declaración en el momento del pacto ruso-germano? ¿Pudo concebir una alianza entre «l'infame», la bestia feroz del nazifascismo y los que debían construir et defender la patria del proletariado?

En la carta citada más arriba se puede leer lo que pensaba de la «guerra de liberación» que pretende aportar, por medio de las armas, la libertad a otro pueblo, incapaz de

defenderla o de imponerla por sí mismo. La *liberación* (como otras veces la *civilización* o la *religión*) es el equívoco pretexto de los regímenes dictatoriales para sus guerras de prestigio y de expansión. La historia ya nos ha enseñado la vanidad de tan *nobles intenciones*. Al pueblo así asistido se le dispensa del heroísmo, «el solo que podría darle, por sus propios sacrificios, el derecho a la libertad». Por otra parte, el pueblo que ayuda está también predispuesto a la mentalidad del imperialismo napoleónico». Rolland adjunta que esta cuestión (la guerra de liberación) no se planea «cuando se trata de la U.R.S.S., que ha conquistado su libertad por ella misma, sola, contra la coalición de todos los gobiernos de Europa». Pero los acontecimientos ulteriores: el pacto vergonzoso, toda la segunda guerra mundial, la victoria, etc., han probado que todo lo escrito por Rolland sobre la guerra de liberación se aplica igualmente *contra* la U.R.S.S. actual. Su régimen totalitario ya ha manifestado—¡y de qué manera!—la predisposición «a la mentalidad del imperialismo», rebasando de mucho, por sus medios despiadados, por su sistema de opresión absolutista (burocrático, policiaco y militar), las ambiciones imperiales y dinásticas del aventurero Napoleón. Sus ambiciones fueron asaz románticas comparadas con la rabia explosiva de Hitler y de Mussolini, o con la fría astucia, más que maquiavélica del «padrecito» ruso cuya mano de acero es, según el mismo, firme y suave a la vez...

Así pues, en Francia hubo guerra desde septiembre de 1939. «Une drôle de guerre». Me encontraba yo entonces en Haute-Savoie. Cerca de Annecy vi a los milicianos abrir, sin prisas, bromeando, las trincheras de defensa antiaérea. Seguidamente, en París, oía por todas partes, en el aire, en los rostros de los transeúntes, en sus gestos reticentes y sus palabras rozagantes el «ça ne va pas». Se estaba lejos de la fiebre nacionalista, de la exaltación (artificial a pesar de todo) de 1914. El viejo pueblo guerrero no quería batirse. Tampoco los otros pueblos. Aun ante la amenaza de las *hordas motorizadas* lanzadas por los técnicos de la masacre colectiva se presentía la inanidad de un combate desigual profundamente absurdo: el hombre contra la máquina, el individuo contra la masa, es espíritu contra la materia ciega y aplastante, el pacífico artesano manual e intelectual contra el bruto, cínico y frío especialista en destrucciones, victimados todos por el político fanfarrón y cobarde, parasitario y sediento de Poder.

Fué verdaderamente una «drôle de guerre». Se comprende por qué fué así si se lee, por ejemplo, la declaración que un año antes (el 15 de septiembre de 1938) redactó Jen Giono y lanzó con plena conciencia de su responsabilidad de combatiente del Espíritu. Es breve, concisa y chocante, lo que permite reproducirla aquí para los que la ignoran:

«El gobierno francés se engaña si cree que en Francia la unanimidad de los hombres le aprueba en esta tentativa suya de utilizar la amenaza de guerra, y la guerra eventual, como un medio de acción política. Los estadistas franceses como los estadistas de todos los países no conocen otra opinión que la partidista que se expresa en los periódicos y por la palabra de los militantes y de los oradores.

«El conjunto de los afiliados a los partidos políticos de un país no son el país, ni por su número ni por su espíritu. Hay en todos los países, y en Francia mismo, millares de hombres no partidarios que no dejan oír jamás su voz, y sobre cuya intención, en las horas demasiado graves por que atravesamos, no habría que engañarse.

«Estos hombres están resueltos a no hacer la guerra, cualquiera que sea, y cualesquiera que sean las órdenes que les sean dadas.

«Invito al gobierno francés a reconsiderar en este sentido las conclusiones optimistas a que le han imprudentemente llevado los informes de sus prefecturas.

«Sabemos que para los hombres mediocres la guerra es el instrumento más fácil a manejar. Ello no exige ninguna grandeza de alma de quienes pretenden representarnos ante



el mundo... Les permitimos la sola posibilidad de emplear medios honestos, y no queremos asociarnos a ellos más que en el empleo de tales medios...

Para los que han leído atentamente estas simples líneas, claras, imposible de falsificar o bagatelizar, todo comentario es superfluo. Se las acepta o se las rechaza. Pero ellas traducen demasiado bien el estado de espíritu de la mayoría del pueblo francés para hacernos comprender su «drôle de guerre» y también el vertiginoso derrumbamiento de julio de 1940. París fue salvado por su calidad de «ciudad abierta» al enemigo, que hacía tabla rasa solamente frente a los ejércitos, en el Norte de Francia, donde se batieron encarnizadamente los aliados ingleses ante Dunkerque.

Se comprende también que el gobierno francés hiciera detener a Jean Giono al estallar la guerra. Pero lo que no se comprende fácilmente y se siente pena, decepción y humillación al leerla, es la carta que Romain Rolland dirigió a Daladier, presidente del gobierno francés, el 19 de septiembre de 1939 (publicada en «Le Temps», París, la misma fecha), cuando la tiranía hitleriana desatada por Europa había desencadenado el cataclismo. Rolland no se dirigió, como Giono, por encima del gobierno al pueblo francés. Ni lo advirtió como lo autorizaba su pasado y su obra. Pero escribió a Daladier, el político (el mismo que deshonró en 1933 con su protesta contra el odioso veredicto del proceso colonial de Saigón, el mismo que perseguía en Francia a los objetores de conciencia), estas líneas asombrosas: «Permitid a un viejo combatiente de la paz, que siempre ha denunciado la barbarie, la perfidia, la ambición desenfrenada del III Reich, de expresar su entero abandono a la causa de las democracias, de la Francia y del mundo de hoy en peligro...»

Quien pasó «entre los bárbaros» como un defensor de la U.R.S.S. escribía en tales términos a un representante del Occidente «podrido y timorato»... ¿Hay que ver en ese cambio brusco un signo que traiciona la desilusión, la repulsión o la rebelión que pudo causarle el pacto de no-agresión nazi-soviético? El hecho es que en el momento del gran peligro ha vuelto él sus ojos hacia Francia, su país, tras haberla tenido puesta durante largos años en las vastas regiones del Oriente europeo, en ese continente social donde vio levantarse el orden nuevo, el mundo del Trabajo.

La carta de Rolland continúa así: «El dolor, la grandeza de un tal combate está—vos (Daladier) lo habéis dicho noblemente—de nuestra parte, sin odio hacia el desventurado pueblo alemán, que el más atroz despotismo opone al nuestro, después de haberlo avasallado y envilecido. Nosotros le incitamos a liberarse...» Reconocemos aquí al Rolland de 1914 cuando, casi solo, tuvo el coraje de hablar así a Gerhardt Hauptmann y a algunos otros representantes de la cultura del pueblo alemán avasallado por el orgullo de Guillermo II, el último Kaiser. ¿Es que no encontró en 1939 un sólo pensador o artista alemán para dirigirle un semejante mensaje de comprensión y de solidaridad con los que sufrían bajo la bota del nuevo tirano plebeyo? Pero no olvidó que su «Juan Cristóbal» nació en el país del autor de «Werther». Y adjunto Rolland en su carta: «Dentro de algunos días, septiembre va a traernos el aniversario de Valmy. En aquel tiempo, Goethe, señalando la frontera de Francia escribió: «Aquí empieza la tierra de la libertad». Y ella ha continuado siéndolo. Y en un último suspiro que expresa esta vez su verdadero espíritu de visionario universalista, concluye de la siguiente manera: «La libertad es el más común y precioso tesoro de la humanidad. Es en provecho de la humanidad que lo defendemos; que la humanidad nos ayude a salvarla.»

Esta carta a Daladier—hay que repetir el acerbo adagio «margaritas a los puercos»—me indujo a escribir el 24-26 de diciembre de 1939 mi «De profundis clamans», una extensa carta abierta a Romain Rolland, aparecido integralmente en «Hombre de América» (Buenos Aires, mayo de

1940) y bastante censurado en «Azi» de Bucarest (11 de febrero de 1940). No puedo reproducirlo aquí ni resumirlo. Se encuentra en mi libro «Romain Rolland», que contiene, entre dos series de ensayos, todas las cartas inéditas y mis controversias con el solitario de Villeneuve sobre la paz, la revolución y humanismo. (Edición original en español, 208 páginas. Ediciones «Humanidad», Montevideo, 1951.)

Tengo que precisar solamente que «De profundis Clamans» es a la vez una confesión y una crítica, escrita con un respeto afectuoso hacia el maestro que, en su carta del 30 de octubre de 1929, me consideraba bastante digno de su confianza «au seuil de sa vie» para que transmitiera «al avenir su pensamiento pacifista y universalista». Pero yo no podía seguirle en algunos de sus juicios y acciones políticas; yo no podía aceptar algunas de sus verdades sin aplicarlas dondequiera que fuera absolutamente necesario. Y es lamentándolo, con dolor, que revolvi contra el Rolland de la segunda guerra mundial las enseñanzas que recibí, joven aún, del Rolland que escribió, durante la guerra de 1914-18, «Les Précurseurs» y «Aurdessus de la mêlée». La tragedia de todo servidor del espíritu es que no puede contraer ningún compromiso, hacer ninguna concesión a la política del momento, a expensas de los valores generales y permanentes de la cultura universal. No se puede servir al mismo tiempo lo temporal y lo eterno o, según la palabra del Evangelio, Mammon y Dios. En el mismo sentido se ha expresado un sabio como el profesor G. Fr. Nicolai, cuya «Biología de la guerra» fué tan apreciada por Rolland, diciendo que la cultura y el patriotismo, siendo dos ideas que exigen todo el poder de la acción de un hombre no pueden servirse al mismo tiempo: «Se puede ser patriota y hombre de cultura. Quien dice que ama a su patria sabe bien que debe defenderla con el sable y no con la cultura».

Parafraseando, decía yo a Rolland en «De profundis clamans»: «¡Política o cultura! Quien quiere servir a la humanidad debe renunciar a la política (pues toda política es sinónimo de sable, no de un filo sino de dos) para dedicarse a la cultura que funde en sí misma el amor y la libertad, la solidaridad y la tolerancia. La cultura expresa la unidad humana en la variedad de los pueblos, la permanencia del espíritu en el flujo y reflujo de la evolución universal. En una palabra: actividad ilustrada, *sub specie æternitatis*. El hombre de cultura, y afirmo, también, el hombre lisa y llanamente, es apolítico, es hasta antipolítico. En este sentido deben ser educadas las generaciones venideras: que piensen en concordancia con las leyes naturales, vale decir, en modo unitario, y que sean animadas por la conciencia del *panhumanismo*, del humanitarismo integral que, a su vez, desarrolla en cada individuo el sentimiento de la universalidad.»

Es en este sentido que escribí a Rolland cuando la guerra hacía furor de un país a otro, en tierra, en el mar y en el aire, y sobre todo en los espíritus, en los cerebros que perdieron su lucidez crítica o su buen sentido natural, en los corazones que no sentían ya ni su responsabilidad hacia ellos mismos, ni la solidaridad para con «sus semejantes, sus hermanos...» La gran traición de la cultura era más bien la obra de los intelectuales oportunistas que la de los políticos cuyo oficio «es engañar y explotar en provecho de sus partidarios la ignorancia de las masas y la abyecta desvergüenza de sus criados con levita.

«En efecto, grande es el ejército de los renegados en esta guerra (todavía un extracto de mi carta abierta), más grande que durante la otra guerra, la de 1914-18. Confiamos sin embargo que, sobre las banderías políticas, se haría oír la voz de aquellos que creen en la primacía de la humanidad, en la preponderancia del espíritu. Esperábamos su palabra, Romain Rolland. En cambio se ha publicado su carta dirigida a un representante fugaz de determinada política. Pues la Francia, como todo Estado es todavía una noción geográfica nacional y política. ¡Si se hubiese usted



dirigido siquiera al pueblo francés, a los hombres de Francia...

Y después, tras haber proclamado incluso durante la masacre la eternidad del espíritu creador, la permanencia indestructible de la humanidad, del individuo que quiere realizarse a sí mismo, libre, refractario a los comandos brutales de la política, pero fiel al hombre, su hermano en todas partes y de siempre, yo he recordado a Rolland su propia Declaración de Independencia del Espíritu:

«No, no es posible que usted olvide ese grito que subió de lo más profundo de su corazón y de su conciencia. Aquel grito tuvo eco en todo el orbe, igual que los gritos de los grandes profetas que le precedieron. Por él ha quedado usted en el recuerdo de los que le hemos oído en aquellos días. Su grito debía haberse hecho resonar nuevamente en la hecatombe en que caen hoy los pueblos...»

No se oyó su voz entre la baráunda de las máquinas asesinas. Yo quise hacerle sonar—con mi «De profundis clamans»—animado por su propia enseñanza, estimulado por esta «conexión entre las generaciones que púsanse de mano en mano la antorcha para conservar la luz que ilumina la ruta a los extraviados por el terrible asalto de las tinieblas y del huracán que sopla desde las remotas tierras glaciales».

Abandonando la Spiza neutral, Romain Rolland vuelve a Francia, a Vezelay-sur-Yonne, muy cerca de su lugar natal. Ha vivido la «débacle» de su país en 1940. Se conoce poco en cuanto a testimonios personales sobre Rolland durante la ocupación. Otros biógrafos nos lo harán conocer más tarde. Pero indudablemente su corazón palpitó bajo la gran desgracia de su país y respondió a los dolores del mundo, «del Pueblo universal, único, eterno...» ¿Podía él callarse aun bajo el baldón del vencedor arrogante, demasiado bestial para saber distinguir entre el genio de un gran hombre y la humilde humanidad de un anónimo?

En un perdido rincón del Nièvre, la mano de Rolland continuó escribiendo cartas aladas con sus pensamientos, los signos luminosos de su lucha. Pues continuó hasta el fin siendo un combatiente. El poeta P. J. Jouve, su joven amigo y confidente de Suiza, de 1914 a 1919, autor del emocionante libro «Romain Rolland vivant», ha recogido más tarde (en «Hommage à Rolland», publicado por Ch. Bau-douin, en 1945) otros recuerdos sobre él:

«En 1935 me escribió dos cartas; era a últimos del año, cuando Francia parecía ya sumergida en el «brumero» de una falsa guerra; creía él en el carácter sagrado de la guerra; tenía fe en la justicia de la guerra (subrayado por mí.—E. R.) que dos naciones desarmadas libraban solas contra el demonio hitleriano. Invadida Francia y retornado él a su tierra natal, fué uno de los artesanos de la Resistencia a despecho de su avanzada edad».

Vivió también el tan esperado día de la liberación. Pudo contemplar el desplome de las cadenas de la esclavitud fas-

cista en algunos países de Europa. En cuanto a otros, pudo seguir sus bruscas metamorfosis colectivas, sus esporádicas y sangrientas rebeliones, prolegómenos de lo que Lenin anunció como transformación de la guerra capitalista en guerra «civil». Sobre el mapa de los continentes y de los océanos buscó las líneas cada vez más compactas de los ejércitos aliados que avanzaban por el Sur, por el Este, por el Oeste, y templó de dolor, de indignación cuando se enteraba de las nuevas destrucciones, de los infernales horrores de las hordas en derrota, expulsadas de dondequiera habían hundido sus colmillos y garras. Y vió finalmente aparecer la aurora de la paz. Sabía bien que no se trataba todavía de la paz soñada por todos los hombres que guardaban en el corazón los tesoros de la solidaridad, de la cooperación humana, de la PAZ HUMANA, que no se venga con otros horrores, que no amontona más ruinas y más cadáveres sobre las víctimas y los verdugos de la «última» guerra, sino que cauteriza las heridas de los supervivientes y construye nuevos abrigos por el trabajo y para el bienestar de los pueblos.

No, esta paz no conllevaba la Libertad y la Justicia, pues venía armada, también ella, con la espada en la mano. Anunciaba solamente una tregua en la masacre. Y en el último día del año 1944, unas semanas antes de la marcha concéntrica de los aliados hacia Berlín—cada uno quería adelantarse del otro para irrumpir el primero en la fortaleza nazi-fascista—, Romain Rolland, compañero de los genios y demiurgos que glorificó en sus obras, pero que fraternizando, en virtud de las mismas aspiraciones cotidianas, con los millones de trabajadores desconocidos, cerró sus ojos de un mirar tan penetrable, inolvidable para los que le han visto aunque sea una sola vez, esos ojos azules como el cielo infinito hacia el cual se elevaba su espíritu en los momentos de espera. El viajero ha llegado a la meta de su larga y dolorosa ruta, repitiéndose, sin ninguna dura, las últimas palabras de su «Adieu au passé»:

«¡Bendito sea el reposo! Duerme, cabeza mía; dormid, pies míos! Habéis trabajado mucho. El camino era duro y accidentado, pero bello a pesar de todo. Valía la pena de desollarse...»

...Desollarse para descubrir algunas verdades vitales y crear algunas bellezas imperecederas en este mundo donde hacen estragos todavía el Odio, la Miseria y el Crimen, frutos de la ignorancia, de la servidumbre y de la insaciable codicia de los humanos...

EUGEN RELGIS

(Traducción exclusiva para CENIT del último capítulo del libro inédito de nuestro estimado colaborador Eugen Relgis, «El hombre libre ante la barbarie totalitaria».)

## NUESTRA SECCION LITERARIA

### “La Vida y los Libros”

Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)



# El infierno verde



## Serpientes ponzoñosas de Mexico



Se trata de una mujer como de 50 años de edad, alta, demacrada, con el cabello blanco y el semblante triste y pensativo. Trabaja como partera, y tiene una numerosa clientela entre la gente pobre, que le paga muy poco, y a veces nada. Con frecuencia, si tiene una duda, me llama a su lado para que se la resuelva, y si se presenta un parto peligroso, no comete ninguna imprudencia sino que espera mi llegada. Sobre todo, se interesa mucho para que los desgarros del periné no queden sin saturar, con el fin de evitar a la parturienta el prolapso de la matriz, causante de un cortejo de sufrimientos. No he encontrado otra partera, que ejerza su profesión con más conciencia. La aludida se llama Doña María Castro.

Un día me contó esta buena mujer la tragedia espantosa de su vida, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Una vez, para evitar la miseria y la esclavitud del salario, se fué con su marido selva adentro, hasta encontrar un lugar que les pareció bueno para el cultivo. Ayudado el hombre por su mujer y sus hijos pequeños, emprendió una labranza que le daba para vivir en abundancia. Cuando se disponía a ampliar su cultivo y hacerse de animales domésticos, un día aciago lo mordió en su trabajo una serpiente ponzoñosa, que le ocasionó la muerte en poco tiempo. Allí no había asistencia médica alguna, y por lo tanto, ni suero antiponzoñoso que le hubiera salvado la vida. Unos ignorantes y explotadores, llamados «Culebreros», se encargan en la selva de curar a los mordidos por las serpientes. Hasta 7 culebreros de aquellos alrededores atendieron al infeliz campesino, que no hicieron otra cosa que aumentar las penas de su agonía con sus remedios disparates.

La viuda se vino al pueblo de Loma Bonita con los 9 hijos pequeños que tenía de su matrimonio, y con muchas fatigas pudo criarlos. Hoy son ya todos mayores y acuden en ayuda de su madre cuando está necesitada.

Como esta historia, podía referiros otras, pues las serpientes ponzoñosas abundan mucho en esta selva, y el número de víctimas entre los campesinos mal alimentados y casi desnudos, es muy alto. La belleza deslumbradora de la selva tropical disimula, bajo su manto de esmeralda, a los peores enemigos que el hombre tiene por aquí: las serpientes ponzoñosas.

No olvidaré en este dolor a nuestros hermanos inferiores, a veces superiores, los animales, víctimas también de las serpientes en esta desarmonía de la Naturaleza. Procuraré hacer algunas conside-

raciones sobre el tema sombrío que nos ocupa hoy.

\*\*\*

Según la obra de Taylor y Smith «Checklist of the Snakes of Mexico», existen en el territorio mexicano 476 especies y subespecies de serpientes de las cuales 404 son inofensivas o poco peligrosas, quedando 72 que son un peligro para la población. Algunas más han sido descritas posteriormente, con lo que suman a 80 su número.

De ellas, una es la serpiente marina, 22 son coralillas y 57 crotálicas (comprendiendo víboras de cascabel y nauyacac).

Las serpientes marinas son todas ellas ponzoñosas, y están emparentadas filogenéticamente con las coralillas y las cobras, pasando la mayor parte del tiempo en el mar. Pueden permanecer mucho tiempo bajo el agua, aún durante horas, y asoman de vez en cuando a la superficie para respirar pulmonariamente. Presentan su cola comprimida lateralmente y la usan como remo y timón. Se alimentan con peces. Son víperas; cuando las pequeñas serpientes están a punto de nacer, las adultas se dirigen hacia la costa en busca de los charcos dejados por las mareas en las playas desiertas.

Una sola especie vive cerca de las costas pacíficas de la América tropical, *Pelamys platurus* (Linneo), que ha sido encontrada desde el golfo de California, en diversos sitios de la costa occidental de México y América Central, hasta la parte norte de Sudamérica. En una ocasión hice una excursión por la costa del Golfo de México, con la intención de recolectar una de estas serpientes, pero no pude lograrlo. Los que me prometieron ayudar, les interesaba más la pesca del tiburón, que por entonces producía buenas ganancias. Uno de mis acompañantes en aquella ocasión, a quien no interesaba el estudio de las serpientes marinas, porque nada producían, a no ser un mordisco peligroso, me propuso marchara con él al Estado de Sonora, donde había un buen negocio a hacer, cazando a los asnos salvajes, cuya grasa era bien pagada por los yanquis.

Estas serpientes se reconocen fácilmente por encontrarse cerca del mar, por tener la cabeza larga y deprimida en la región dorsal, así como su coloración negra en el dorso y amarilla en el vientre.

Aparte de las serpientes venenosas, se encuentran en esta selva enormes boas y pitones, que pueden dañar al hombre y hasta matarlo mediante su mordedura o por constricción. Algunas de estas serpientes he visto de cerca, ahogadas por la inundación y arrastradas por las corrientes de agua.

\*\*\*

Las serpientes que mayor número de víctimas



producen en esta selva, pertenecen a la familia *Crotalidae*, cuyos dos principales géneros representativos son *Crotalus* o cascabel y el *Bothrops*, también llamados nauyaca, cuatro narices, vibora sorda, etc.

Las serpientes de esta familia se caracterizan por la forma triangular de la cabeza debido a la presencia de las voluminosas glándulas venenosas situadas detrás de las órbitas. Además estas serpientes se identifican por presentar una foseta, a cada lado de la cara, que constituye un órgano sensorial afectable por las variaciones atmosféricas. Estas fosetas dan la impresión de formar un par más de narices, de donde se origina el nombre popular de cuatro narices y, en mexicano, «nauhyacacóatl» (serpiente con cuatro narices), palabra que corrompida en «nauyaca» sirve para designar al *Bothrops atrox*.

Se caracterizan todas las variedades del género *Crotalus* (cascabel) por presentar en el extremo de la cola una especie de cascabel (de cáscara), formado por segmentos córneos intrincados unos sobre otros. Se forma uno en cada muda de piel, la que se repite dos o tres veces al año. Cuando el *crotalus* se pone alerta frente a cualquier peligro, levanta la cola y hace vibrar el cascabel, produciendo un ruido típico, parecido al que se produce al agitarse por el viento ciertos frutos secos de leguminosa. Los *crotalus* presentan escamas de aspecto córneo que pueden ser de color gris más o menos oscuros, o amarillos tendiendo a verde con dibujos del mismo color, pero más oscuros. Su longitud varía mucho, de acuerdo con la especie, desde 40 centímetros hasta cerca de dos metros, como aparecen por esta región. Se encuentran en donde hay vegetación, así como en los desierto, en las planicies como en las montañas. Por tanto son las serpientes que mayor número de víctimas causan entre los hombres como entre los animales (caballos, cabras, bueyes, etc.) Generalmente no atacan sino cuando están ante un peligro o se sienten atacadas. Se preparan al ataque enroscándose en S y se lanzan con la velocidad de un venablo sobre la víctima, abriendo la boca, levantando los colmillos e introduciéndolos en los tejidos a manera de dos agujas hipodérmicas para inyectar el veneno.

Las serpientes del género *Bothrops* (nauyaca) son conocidas en México con los nombres de nauyaca, palanca, cuatro narices, vibora sorda, barba amarilla. Palanca es una contracción de palancacóatl, del mexicano «Palanqui», «podrido» y coatl, serpiente que produce putrefacción. Se conocen 13 variedades en México y viven en las partes húmedas a la orilla de aguas estancadas o corrientes. Siendo habitante de la selva, pronto se acostumbran a vivir en zonas cultivadas, plantíos de cañas, platanos. Lo mismo que los *crotalus*, no son agresivos sino cuando se sienten atacadas o en peligro. De movimientos más o menos lentos, según el tamaño del animal, cuando atacan se enroscan en forma de S como las cascabeles y se lanzan contra el enemigo con tal velocidad que la vista no capta bien el movimiento, tal es la rapidez que a veces hasta no les da tiempo de abrir suficientemente la boca para hincar los colmillos. Por aquí alcanzan grandes dimensiones, hasta dos metros de longitud. Son muy prolíferas, ovo-vivíperas; al ser puestos los huevos, se rompen dando salida a pequeñas serpientes ya suficientemente desarrolladas para seguir su vida propia. A veces el número de viboreznos llega a la enorme suma de 75. De color más o menos oscuro, presentan de cada lado del dorso una serie de trián-

gulos de color más acentuado, con el vértice hacia la línea media. En algunos ejemplares las escamas son tan desarrolladas que dan la impresión de plumas muy pequeñas. De la observación de estas serpientes pudo haber nacido la leyenda de las serpientes emplumadas de los aborígenes, Quetzal-coatl (serpiente emplumada).

Acababa de escribir estas líneas cuando llegó a casa un joven campesino que vive en plena selva, a pocos kilómetros de aquí. Me visita con mucha frecuencia, unas veces para llevarse periódicos de las ideas, y otras para tomar lecciones de inglés, cuya lengua estudia. Suyos son los renglones que siguen, como testigo de la desgracia: «En aquel lugar aparecen con frecuencia las serpientes venenosas, haciendo sus víctimas entre los campesinos. Las que más abundan son dos: la *rabohueso* o *chichimeco*, de unos 40 centímetros de longitud. Los mordidos arrojan sangre por la boca y mueren a las 24 horas. La *sorda* mide cerca de dos metros y su mordedura es muy dolorosa y sangra bastante. Hay víctimas que mueren en pocos momentos, mientras que otras viven algunas horas. No hay asistencia médica. Los culebreros dan a beber unas pocimas de hierba y hacen una cura local, vendando el miembro herido para que no circule el veneno, y después con un colmillo de vibora desinfectado picotean la parte inflamada cerca de la mordedura, y la amasan para que desagüe y salga el veneno».

\*\*\*

El aparato venenoso está constituido por las glándulas secretoras del veneno y los dientes inoculadores. Las glándulas, en número de dos, se encuentran situadas a cada lado de la cabeza, en la parte posterior, detrás de la órbita ocular, las cuales ensanchan las regiones latero-posteriores, haciendo que la cabeza de la vibora tome la forma acorazonada o lanceolada. Dicho aspecto es característico de la familia *Crotalidae* y las distingue de las serpientes no venenosas. Estas glándulas corresponden a las parótidas de los mamíferos, y tienen la forma de una almendra con el vértice hacia adelante. El proceso de la secreción del veneno es comparable a la secreción de la saliva y constituye un verdadero jugo digestivo. Para su alimentación, la serpiente se traga a su presa inyectándole el veneno previamente para iniciar el proceso digestivo. Las serpientes no pueden mezclar la secreción de sus glándulas bucales a la comida, masticándola o dividiéndola en pedazos. En vez de esto usan su aparato inyector para aplicar los agentes digestivos a la presa. Además del papel digestivo, que ejerce mediante una muy alta concentración de enzimas, el líquido secretado por las glándulas, contiene una fracción tóxica que mata al animal poniéndolo al alcance de la serpiente.

Los dientes pueden dividirse en dos clases. Los fijos y los dientes móviles o inoculadores. Los fijos son pequeños, están colocados en dos hileras en las mandíbulas inferiores y en los huesos palatinos. Implantados oblicuamente con la punta hacia atrás evitan que, una vez capturada la presa, se escape y pueda engullirla lentamente. En número de dos, los dientes móviles o colmillos sirven para inocular el veneno. Se encuentran implantados en la parte anterior del maxilar superior por medio de una articulación, en donde desemboca el canal que conduce el veneno desde la glándula. De dimensiones proporcionales a la longitud de la serpiente, estos dientes miden hasta 30 milímetros de largo. Son tubulares como agujas hipodérmicas y terminan en



una punta acerada que facilita su penetración en los tejidos. Cuando uno de estos dientes se cae o se rompe puede ser reemplazado por otro, sin que sufra el sistema venenoso. Mientras un colmillo se encuentra en uso, hay otros de repuesto en diferentes etapas de evolución. Se han contado hasta cinco de estos dientes adosados como los dedos de la mano. Es sorprendente el cuidado que ha puesto nuestra madre Naturaleza, madrastra muchas veces, en conservar en buen estado de funcionamiento este mecanismo infernal.

El aparato inoculador del veneno varía en los diferentes tipos de serpiente. La gran mayoría de serpientes carecen de ganchos inoculadores en su maxilar; estas son las llamadas *aglifas*, inofensivas. Otras tienen en la parte posterior de su maxilar unos dientes largos y con ranuras superficiales. La inoculación del veneno se hace durante el acto de la deglución de las presas, por lo que estas serpientes, llamadas *opistoglifas*, son poco peligrosas para el hombre y los grandes animales. Hay un tipo de serpientes muy peligrosas, como la serpiente marina y las coralillos, que presentan los ganchos inoculadores al frente de sus maxilas, de donde proviene su nombre de *proteroglifas*, disposición anatómica que le permite envenenar a cualquier supuesto enemigo, bien para alimentarse o librarse de un ataque. Finalmente las *solenoglifas*, sumamente peligrosas, llevan ganchos maxilares, colocados directamente en la boca, huecos y móviles, de modo que en reposo permanecen horizontalmente aplicados contra el paladar y revestidos por una vaina musculo-membranosa; pero cuando van a entrar en acción quedan erectos, perpendiculares al maxilar y dispuestos para inyectar el veneno directa y profundamente, como una aguja hipodérmica, en el músculo. A esta clase pertenecen las llamadas víboras; víperidos en el Viejo Mundo y crotalidos en América, con dos géneros representativos en Asia

\*\*\*

La existencia del veneno en la serpiente tiene relación con la degeneración somática de estos reptiles. La ponzoña que se produce en la serpiente varía desde una dosis imperceptible hasta otra mortal. Parece un resultado de una adaptación adquirida en el transcurso de su evolución, que les permite matar sus presas antes de capturarlas, ya que la captura es difícil en estos animales por la carencia de patas. Otras serpientes que no tienen veneno o lo tienen en pequeña cantidad, posean en cambio gran agilidad y fuerza muscular que se traduce por su poder constrictor.

La ponzoña de la serpiente se puede dividir en dos clases principales: la que afecta a los centros respiratorios y otros del eje cerebral o en la médula espinal (Neurotoxinas), y la que afecta a los tejidos en el sitio mismo de la mordedura y posiblemente a toda la corriente sanguínea en general (Hematoxinas). Los componentes de esta última ponzoña afecta profundamente la sangre de las víctimas por la presencia de hemolisin, citoplicinas y otras sustancias coagulantes y anticoagulantes.

La identificación de las serpientes ponzoñosas puede ser muy difícil, porque muchas se parecen a las más inofensivas. Conviene guiarse por las indicaciones de los nativos, que a veces son muy útiles. El hallazgo de un par de colmillos en la mandíbula superior de una serpiente es, hasta cierto punto, una indicación de su naturaleza ponzoñosa. Pero si existen varios pares de dientes grandes, probablemente se trata de una serpiente inofensiva. Hay

indicaciones muy concluyentes de que se trata de una serpiente ponzoñosa: un orificio entre el ojo y la nariz; una pupila de abertura vertical; una cabeza grande y de contorno triangular; un cuerpo grueso y cola roma, (aunque hay especies venenosas que tienen la cola en forma de látigo), y una serie de escamas no apareadas detrás de la nariz.

Es de suma importancia la identificación de una serpiente ponzoñosa, pues de ello depende el pronóstico y el tratamiento indicado. Independiente del tamaño, varias especies de serpientes son capaces de inocular dosis características de ponzoña que varía en cantidad y en calidad. Así que una mordedura puede no ser peligrosa, aunque haya sido inyectada una regular cantidad de ponzoña, mientras que en otros casos, una mordedura insignificante puede ser fatal. Siempre que fuera posible, la víctima y sus compañeros matarán a la serpiente, y la llevarán al lugar del tratamiento. Por lo pronto se debe conservar la cabeza en alcohol al 70° o en formal al 10°.

En una ocasión yo mismo fui mordido por una serpiente sospechosa, de unos dos metros de longitud. Me lavé la sangre que salía de la mordedura, en un arroyo cercano, mientras que mis acompañantes se retiraban prudentemente del lugar. Entonces cogí la hoz de un segador y me dirigí a la serpiente, que me atacó de nuevo, pero pude cortarla en dos pedazos. Luego identifiqué a la serpiente y comprobé que era inofensiva, por lo que todavía siento de haberla matado, y más cuando unos muchachos la habían maltratado a latigazos y no hizo más que defenderse de unos salvajes.

Las mordeduras de las serpientes no ponzoñosas dejan hileras uniformes de huellas de los dientes, mientras que las serpientes ponzoñosas muestran, además los puntos, lateralmente situados, correspondientes a la inserción de los colmillos. Los síntomas graves aparecen rápidamente si la ponzoña es muy virulenta. Pero algunas ponzoñas neurotóxicas son lentas en hacer patentes sus efectos, sobre todo si la mordedura está en las extremidades inferiores, por lo cual el estado aparentemente satisfactorio no es un signo de confianza. La parte mordida muestra escasa reacción local en el caso de las ponzoñas neurotóxicas y, en cambio, está infiltrada por el tipo hemotóxico. La muerte ha ocurrido hasta dos semanas después de la mordedura, aunque en tales casos hay una infección secundaria. La gangrena gaseosa es una complicación frecuente. Los casos más fulminantes son en la mordedura de la cara. La talla del individuo mordido determina la proporción de la ponzoña que se ha neutralizado por los procesos naturales del organismo. Los niños neutralizan una proporción menor y por consecuencia son más gravemente afectados por una cantidad dada de ponzoña. Como la ponzoña neurotóxica produce escaso dolor local, el médico falto de experiencia se equivoca y trata con negligencia al enfermo. Pero las reacciones generales retardadas se presentan en forma aguda 24 o 48 horas más tarde y conducen rápidamente a la parálisis respiratoria y a la muerte. No olvidaré nunca a un pobre niño de 12 años de edad, que me llevaron un día al Sanatorio de Cantillana, en estado preagónico, mordido por una víbora la noche antes, siendo inútiles todos mis esfuerzos para salvarle la vida.

Por lo tanto, todas las mordeduras de las serpientes ponzoñosas deben ser atendidas inmediatamente, aunque no parezcan graves.



Fritz BRUPBACHER

En estas cartas vemos la aproximación sucesiva, de Marx a Hegel, cuya tendencia a dependizar los hechos particulares y centralizarlos en un sistema, correspondía completamente con el espíritu de Marx. Además, por el optimismo de sus concepción, evolucionista, de la Historia, Hegel ofreció a Marx la salvación psicológica, no encontrada en Kant y Fichte. Con la entrada de Marx en las ideas de Hegel, desaparecieron sus ideas confusas. En la teoría y más tarde en la práctica, llegó al camino que correspondía más exactamente a su individualidad íntima. Hegel le dió la llave para percibir la realidad, quiero decir la forma de la realidad que es la única dable al hombre que piensa en abstracto. Le brindó el instrumento con que Marx descubrió el mundo. Le permite hallar en la historia de la humanidad, este sentido de la vida que Marx no había podido descubrir en su ente personal. Le dió también la base de una confianza orgullosa cuya reflexión en la burguesía y más tarde en el proletariado fué su tarea propagandística. Ella forma al hombre que filosofa con un martillo. El encuentro con la filosofía de Hegel tuvo como consecuencia la supresión del aislamiento y con esto de su descomposición. Le vincula en su pensar, en su sentir y en su querer con un conjunto al que se une como miembro sirviente. El desarrollo histórico le demuestra el orden que en vano había buscado en sí; y en el orgullo desarrollándose en la burguesía que adquiere pujanza, encuentra la fuerza que destruirá el mundo viejo de los filisteos tan odioso para él. Entonces consagra toda su personalidad al desarrollo de esta fuerza. El caos desaparece, pues el fin de su vida ha sido encontrado. Vé la ley en la Historia, sin reconocer la regularidad de las leyes que en él son inmanentes a su psicología. Vé primeramente la regularidad en el orden psicológico, y su actividad acude a ella.

Ahora ya conoce: lo eterno, lo firme, lo poderoso, lo que pasa sobre la aparición particular en la vida y se apodera de ella como absorbiéndola. En posesión de ese conocimiento, su tarea previa fué que toda la humanidad fuese atraída por la misma cosa. Es cuando estudia la tabla de las leyes del desarrollo histórico, interpretando y midiendo al mundo según su contenido. Hegel había horadado la niebla, descubriéndola ante su vista. Tenemos sumo interés en recalcar esta conquista de Marx por Hegel. Porque tuvo la máxima importancia, no solamente para sus actos científicos, sino también para esa fútil estima del concepto de libertad que Bakunin colocó en el centro de sus actividades. Es por lo menos de tanta importancia como la adición ulterior de la base material como causa de su formación psicológica. Debido a Hegel, Marx llega a ser el profeta de la idea de una necesidad histórica para el pasado y también no menos para el futuro. Llega a ser cómplice de las leyes del alma mundial y recibe la dura arrogancia del hombre que sabe, enfrente del que no sabe. Todavía no sabe lo que quiere, pero conoce lo que impone la historia de la humanidad. Y en el futuro, prohibirá a sus discípulos que adoren a los dioses de la libertad, si la historia mundial es detenida por ellos en su curso.

# MARX y BAKUNIN

..

Una contribución a la historia  
de la Asociación Internacional  
de los Trabajadores



en sí, como religión, como naturaleza, como historia. Mi última frase fué el principio del sistema de Hegel y este trabajo en el cual estudié un poco de historia natural; algo de Schelling y un poco de historia política, en el que se descubren infinitas sutilezas y está escrito de tal forma (debía ser propiamente una nueva lógica) que ahora casi no lo entiendo —este mi más querido hijo cultivado con cariño a la luz de la luna— me arrastra como una falsa sirena, en los brazos del enemigo. Enfadado, no puede pensar durante unos días, deambulando como un loco en el jardín a la orilla del Spree, contemplando su agua sucia, que lava las almas y atenúa el poder excitador del té. Hacía partidas de caza con mi hospedero, iba a Berlín y en cada esquina quería abrazar a los transeúntes que encontraba.»

Después de este nuevo naufragio en las regiones metafísicas, Carlos Marx se echa de lleno en la ciencia positiva. Breve tiempo después, hacía solamente estudios positivos. Estudio del libro «Posesión» de Savigny, del «Derecho Penal» de Feuerbach y de Grolman, del «De verborum significatione» de Kramer, del «Sistema de los pandectos» de Wening-Ingenheim y de la «Doctrina Pandectarum» de Muehlenbruch, obra que estudió aún; finalmente algunos capítulos de Gauterbach y ante todo derecho canónico. He leído casi toda la primera parte de la «Concordia discordantium» de Gratian con su suplemento y las «Instituciones» de Lanceloth. Es por entonces que traduje por partes la retórica de Aristóteles; leí «De augmentis scientiarum» del famoso Bacon de Verulam; interesándome mucho por Raimarus, cuyo libro «De los impulsos artísticos de los animales» había estudiado con placer. Trabajé también en derecho germánico, pero principalmente leyendo los capitulares de los reyes francos y las cartas de respuesta de los papas.»

Y todavía, escribe que cayó otra vez enfermo «por el disgusto que me causó la enfermedad de Jenny y la inutilidad a que abocaban mis trabajos espirituales. También por el enfado que me devoraba al hacer de mi propio ideal una opinión odiosa. Restituído, quemé todos mis poemas; noticias, novelas, etc. en la creencia que podía renunciar a ello. Hasta ahora no hay ninguna prueba de lo contrario.»

Pero durante su malestar había conocido a Hegel merced a la casi totalidad de sus adictos. A raíz de varias entrevistas con amigos de Stralau, ingresó en un club de doctores al que pertenecieron varios catedráticos. Entre ellos, Rutenberg, el más íntimo de sus amigos en Berlín. Y escribe: «En las discusiones que aquí se entablaron, se manifestó más de una opinión. Aunque resistiéndome cada día más, me encaré con la filosofía actual del mundo a la que había pensado escapar. Enmudeciendo toda la gama de mis protestas, me inundó una verdadera rabia de ironía. Era fácilmente comprensible después de tanta negación. Y sobrevino el silencio de Jenny. Entonces no pude descansar hasta que adquirí el modernismo y la opinión actual de la ciencia reflejada en unas malas reproducciones como «La Visita.»



en la búsqueda, de claridad, en sus ensayos por hallar una salida del caos en que se debate, lo recibimos de la carta siguiente de Marx y de las notas hechas por Mehring: «Esta fuerza infatigable impele aún hacia otros horizontes» (como testimonio de esto sigue una carta de Marx). Y así me había acostumbrado a hacer resúmenes de todos los libros que leía; del «Laokoon» de Lessing, del «Erwina» de Solger, de la «Historia del Arte» de Winckelmann, de la «Historia de Alemania» de Luden y al mismo tiempo a garabatear pequeñas reflexiones. Además traducía la «Germania» de Tacitus, los «Libri Tristium» de Ovidio. Para entonces comencé a aprender con ayuda de gramáticas el inglés y el italiano, verdad es que sin gran éxito. Leía «el derecho penal» de Klein y sus anales con todas las novedades de la literatura. Al fin del semestre volví a buscar bailes y música satírica. Ya en el último cuaderno enviado a Vd. el idealismo penetra por una vía de humor ficticio («Scorpión y Félix»), por un drama fantástico, desprovisto de interés, hasta que derriba todo finalmente y pasa a un arte puramente formal, lo más estricto, sin objetos de éxtasis, sin ideas emocionantes. Y sin embargo estos últimos poemas son los únicos en los cuales como por mágico hechizo, ¡ay! golpeando en el principio, el imperio de la verdadera poesía, me inflamó como un palacio lejano de hadas y todas mis creaciones se esfumaron en la nada.»

Mehring continúa: «Muy comprensivo que con estas diferentes ocupaciones, el primer semestre traje consigo muchas noches de insomnio; muchos combates interiores; sufrí abundantes irritaciones y al final sin grandes frutos. La naturaleza y el arte y el mundo fueron desatendidos y sus amigos abandonados. Su cuerpo también sufrió bajo el exceso de trabajo. Marx vició entonces en «Alte Leipzigerstrasse n° 1», en la misma casa en que Lessing se alojó durante las últimas visitas que realizó a Berlín; es cuando un médico le aconsejó residir temporalmente en el campo. Habiendo obedecido esos consejos, su cuerpo un poco débil se rehizo rápidamente y la lucha espiritual se reanudó de nuevo.»

«Un telón había caído; desgarrado en lo más profundo de mi interior, tuve que hallar nuevos dioses. Del idealismo que, —dicho aparte— había nutrido y comparado con el de Kant y Fichte, pasé a buscar el ideal en la realidad humana. Si los dioses vivieron antes sobre la tierra, ahora han llegado a ser el centro de la misma. Había leído fragmentos de la filosofía de Hegel, quién, con sus melodías grotescas y ásperas como riscos, no me gustó. Otras veces quise sumergirme en el mar, con la loca ambición de hallar en esa naturaleza corpórea su forma concreta y cristalina, en no ejercitar más artes de destreza, sino en extender la perla pura a la luz del sol.

«Escribí un diálogo de cerca de 24 páginas: «Kleantos or». «Sobre el punto de partida y desarrollo necesarios de la filosofía». En esta obra se unieron arte y ciencia, separados antes casi por completo, y yo, caminante vigoroso, voy a la obra misma a desarrollar el principio de divinidad de una manera filosófica y dialéctica. Como se manifiesta la idea de lo divino

## CARLOS MARX

**H**IJO de un abogado alemán, Carlos Marx nació en el año 1818 en la ciudad de Trier, en Alemania. Para representarnos de una manera más clara el desarrollo psicológico de Marx, tenemos que distinguir cuatro épocas hasta la fundación de la Primera Internacional. La época de un espíritu caótico; el período de joven hegeliano; el tiempo del paralelismo físico-psicológico y el de la formación y perfeccionamiento del materialismo histórico. Del primer período, en el que su alma está sumida en un caos indescriptible, se percibe el sentido vivo y doloroso que le provoca, el contraste con un mundo viejo. Aún indefinido, no encuentra la salida. Recibimos una impresión muy clara de eso, en una serie de cartas cruzadas entre su padre y él, que fueron publicadas por Mehring. Las reproduciremos por partes.

En ellas se acusa el retrato de un hombre que se siente libre de todo lazo con el ambiente en el cual había nacido. Los ideales de su mundo carecen de interés para él; los detesta. Sin embargo, aún no ha podido arrancar las nuevas ideas correspondientes a su propio ser. Sabe bien lo que no debe existir, mas desconoce el perfil de su propio interior, como él quisiera verlo. El ambiente, esa realidad maldita que roe el ideal, se asoma al espíritu del joven en búsqueda fervoroso.

Los ensayos poéticos que hace para representar su ser interior, para tallarse casi plásticamente y definirse a sí mismo, para encontrar poco más o menos su ideal de héroe, languidecen, pero tienen el mayor interés pues manifiestan ya que la grandeza de su fuerza no estriba, como en Bakunin, en la definición de los esfuerzos interiores y finales del hombre, sino en la concreción de la realidad exterior. Ahí vemos la causa determinante que forjó lo que fué más tarde y le dió el sentido de toda su vida posterior. Esa fué también, la razón por la que Kant y Fichte le interesaban menos que el filósofo de la Historia, Hegel.

Como en toda la vida posterior de Marx, sus poemas manifiestan cuán poco plástica era su formación y qué poco intuitiva era su naturaleza. Esta no pudo detenerse en imágenes interiores y en su propia personalidad, sino que formó de la realidad exterior, una fuerte abstracción que no llegaba a metafórica. Si existe una persona representando el contraste total con el pensar intuitivo y en imágenes de Goethe ese es Carlos Marx. Marx mismo expresa este hecho muy claramente cuando dice que sus poemas están faltados de ideas poéticas y que en su lugar coloca reflexiones retóricas. Y esos poemas carecen de ritmo artístico tanto como de influencia in-



tuitiva, son algo más que un dictamen estético sobre Marx. Esta observación nos lleva al fundamento de su constitución psicológica. Triste, sin ninguna inclinación para la sensualidad ni para el juego de los sentidos, no es el tipo auditivo y visual en su carácter, sino el ser abstracto. Cada impresión que le llega de afuera se convierte en abstracción, y recíprocamente. Su cerebro, pensando completamente en abstracto, exige siempre nuevos estimulantes para transformarlos y abstraerlos.

Al contrario de Bakunin, Marx es muy poco sociable. Bakunin tenía menester de la sociedad y pensaba con ella. La sociedad le deparaba un bienestar psicológico, y el hablar y gesticular determinan toda su reacción espiritual. Mientras que Bakunin eternamente intranquilo huye del estudio constante, el joven Marx ya pasa los días y las noches, semanas completas, en su cuarto de estudio adquiriendo en aplicación inmutable una ciencia inmensa. Enajenándose y sistematizando, siempre ansioso de nuevas impresiones, se esfuerza por destilar la abstracción de todas las abstracciones de los fenómenos, para llegar en un proceso abstracto, al sentido de la realidad de la vida. Desde su juventud se complace, con capacidad genial, en sacar lo general de lo individual en la vida, matando así la vida misma que en realidad es solamente individual. Y la transforma en violencia tanto como cada generalización y abstracción supone violencia. Esta manera de pensar tiene un tanto de lóbrego y al mismo tiempo de poderoso y de violento; lo que se traduce, no solamente cara al objeto de su pensamiento, del fenómeno particular y de la realidad exterior, sino también en relación con el propio ser psicológico y físico. De ahí el exceso exagerado de sus propias fuerzas corporales, desgastando el sistema nervioso hasta caer enfermo varias veces durante sus tiempos de estudiante. Esto acarrió el agotamiento total de su cuerpo en el sentido del buscar, del pensar y del sondear, lo que le despojó la capacidad para gozar ingenuamente el mundo sexual. ¿Quién no contempla pensativo el pensador de Rodin en el Panteón de París, ese símbolo gigante del pensamiento, en el que cada músculo es solamente un instrumento de la mente y no un aparato para moverse físicamente, en el que el proceso del pensar busca lo absoluto quebrantando incluso el cuerpo de su atleta, y hace del hombre material —trabajador forzado— un ser espiritual, abstracto? Es el combate del espíritu contra la materia, de lo gótico contra el paganismo. Hay un poco de fraile en Marx, en frente del pagano inveterado que es Bakunin. Severo consigo mismo, dominado por el afán de lo abstracto, concibe a los otros igual.

En un esfuerzo enorme trata de penetrar hasta las últimas fuentes de la comprensión. Busca con una autodisciplina severa, un sentido de la vida propio al intelecto. Pretende extraer de la vida unas leyes que para él son la única realidad y enfrente de las cuales la propia personalidad es como un átomo en el universo.

Antes de continuar analizando el desarrollo de Marx, re-

produciremos los extractos de las cartas cruzadas entre Marx padre e hijo, junto con unas notas de Mehring. Este dice:

«No tenemos las cartas del hijo, excepto una que por fortuna es probablemente la más importante. En las cartas del padre, vemos crecer poco a poco los gérmenes de la discordia. Primeramente son unas bagatelitas las que le enfadan, tanto más que una tos mala y pronto también el reuma, empiezan a incomodarle. Después la escritura ilegible, las cartas siempre con tardanza, así como también que Carlos no visita a hombres de reputación e influencia que quizá puedan servirle, pues, aunque no está solo, la prudencia exige procurarse unos puntos de apoyo. Con sus cabellos blancos y con un ánimo un poco decaído, el padre quiere todavía combatir y detesta el rebajarse, pero él piensa que la juventud orgullosa, llena de fuerza y vida, toma muchas veces como degradación lo que es solamente deber enfrente de sí mismo y enfrente de aquellos por cuyo bienestar se tiene que velar.»

En diciembre de 1836, el padre escribe: «Tus opiniones del derecho tienen algo de verdad, pero son muy apropiadas a provocar tempestades, si las conviertes en sistema. Y no sabes qué impetuosas son las tempestades científicas. Si no puede ser eliminado lo escandaloso en la materia, por lo menos, la forma tuvo que ser más dulce y agradable.»

Otra carta del padre de Marx nos da más informaciones sobre el estado espiritual de Carlos:

«Esta descomposición es abominable; yo por lo menos no la esperaba de tí. ¿Qué razón existe para esto? ¿No te ha sonreído todo desde tu juventud? ¿No tienes todos los dones de la naturaleza? ¿No te han dado tus padres su amor de un modo pródigo? ¿No has podido satisfacer hasta hoy todos tus deseos razonables? ¿Y no has ganado el corazón de una joven que te envidian miles y miles? ¿Y la primera contrariedad, el primer deseo contrariado produce ya esta desazón... ¿Se llama esto fuerza viril? ¿Carácter macho?»

Y en otro lugar escuchamos a Marx mismo: «Llegado a Berlín, rompí todas las relaciones existentes. Hacia lo posible por disgustar a los visitantes, y busco en sumergirme en la ciencia y el arte.»

Según su estado de espíritu de entonces, dice Mehring, el primer proyecto, por lo menos el más agradable, «el próximo», tuvo que ser necesariamente, la poesía lírica, pero de una manera puramente ideal con arreglo a su posición y según todo su desarrollo hasta el presente.

«Un más allá lejano como mi amor, fué mi cielo y mi arte. Todo lo real se desvanece; no hay más fronteras. Ataques a la actualidad, sentimiento constreñido, informe, nada natural, toda una construcción quilmérica, un contraste completo de lo que existe y de lo que debe ser. Reflexiones retóricas en lugar de ideas poéticas, pero quizá también una cierta cordialidad del sentimiento y un anhelo a vivificarlo significan todos los poemas de los tres primeros tomos que envié a Jenny» (su novia).

Un retrato muy descriptivo del combate perpetuo de Marx



\*\*\*

Solamente existe un tratamiento eficaz para el emponzoñamiento por la mordedura de estas serpientes peligrosas, previo succión e incisiones de la herida, y es el suero antiponzoñoso que se prepara en diversos países. Hay sueros que son eficaces sólo para determinar la especie, pero la dificultad estriba en que sea identificado por el médico. Pero otros sueros son polivalentes y su aplicación neutraliza cualesquiera ponzoñas que existan. Sin embargo, esto no sucede tratándose de ponzoñas que sean muy diferentes entre sí, por ejemplo, las hematoxinas no son inactivadas por un suero antiponzoñoso contra las neurotoxinas de las cobras o de las coralillas. La cantidad de suero inyectado varía con cada caso. Los niños necesitan mayor cantidad que los adultos, puesto que neutralizan menos de la ponzoña con sustancias naturales de sus propios cuerpos. La incisión y la succión inmediatas son de vital importancia, y muy conocidas por el vulgo, cuando es preciso perder horas en desensibilizar al paciente.

Por estos lugares en que me encuentro, la víbora de cascabel es la que hace más víctimas y es la más conocida por todos, tanto por su aspecto como por el ruido peculiar que hace al agitar la cola, que puede oírse a distancia. El emponzoñamiento se manifiesta por trastornos de la vista, mareos, vómitos, intenso dolor en la nuca, evacuaciones sanguinolentas y perturbaciones del corazón y la respiración. La dosis media de suero inyectada para un adulto es de 20 a 30 c.c.; los niños necesitan doble dosis que el adulto, es decir de 40 a 60 c.c. Si la cantidad de suero es suficiente, se observa una franca mejoría antes de seis horas, y el restablecimiento completo ocurre en unas doce horas. Si tarda la curación, será necesario aplicar inmediatamente una inyección más copiosa de suero. En los casos graves es de urgencia la atención de un médico, porque el corazón necesita estimulantes adecuados, además de otras complicaciones que se presentan

Sería conveniente para evitar tantos males que los campesinos, los trabajadores de caminos, carreteras y vías de ferrocarril, los cazadores, leñadores, carboneros y excursionistas tengan siempre consigo una provisión de este suero y una jeringa hipodérmica para su inmediata aplicación. Deben llevarse zapatos a propósito y polainas de piel o de lona gruesa, ya que la mayor parte de las mordeduras ocurren en las piernas, abajo de la rodilla. Los pantalones holgados protegen más que los apretados de montar.

Pues bien, en estas selvas inmensas, poco pobladas, los que la habitan son extremadamente ignorantes y viven casi desnudos, siendo fáciles presas de las serpientes. Hasta rechazan la ayuda efectiva de la ciencia, y buscan a los culebreros para que les ayuden a bien morir cuando la mordedura es grave. «Los médicos no saben de culebras, dicen, sino los culebreros». Otro aforismo no hipocrático que corre por aquí: «Los médicos no saben de fracturas de huesos, sino los hueseros». Así hay tantos cojos y mancos. Se dió el caso extraordinario, hace poco, que me trajeron a un mordido de serpiente, para que lo atendiera convenientemente, pero en un descuido que tuve, vinieron unos ignorantes y se lo llevaron de la casa para que en vez de un médico lo atendiera un culebrero, que lo mandó pronto al sepulcro.

\*\*\*

¡Qué fácil sería, si los hombres fueran buenos y no tuvieran gobernantes, transformar este infierno verde en un verdadero paraíso terrenal, como el que nos describe Milton en su inmortal poema! Aquí podrían vivir cientos de miles de hombres, libres de la explotación y casi sin enfermedades, en un clima dulce, donde es fácil la habitación, el vestido y el alimento. Con un poco de esfuerzos y una buena voluntad, la selva mantendría a todos, sin serpientes venenosas, sin explotadores y sin tiranos.

Pedro VALLINA

## BLASCO IBÁÑEZ

### el sultán que se comía los paisajes

Como novelista tiene Blasco Ibáñez tres épocas: época valenciana, época madrileña y época que podemos llamar cosmopolita haciendo una concesión momentánea al internacionalismo nominal que ostentó el novelista en sus últimos años.

¿Por qué abandonó el ambiente valenciano para sumergirse en los torrentes del mundo y del otro mundo? No será muy difícil probar que lo que puso Blasco de artificio en la política valenciana tenía el mismo carácter que le llevó fuera de Valencia y de España.

Se dice que Blasco era un hombre de acción. Evidentemente. Puso acción en la política valenciana, pero no pudo poner moral ni ritmo.

Un taller puede ser acción en un poema musical como lo es en el titulado *Fundición de acero*, maravillosa página orquestal del ruso Mossolov; puede ser también expresión de bellezas armónicas desde el punto de vista del ritmo y valor exaltador del mundo interior ávido de bondad, de cordialidad solidaria. El novelista valenciano nunca quiso fijarse en los talleres.

Blasco hizo de la política valenciana dominada por dinásticos una dinastía republicana con súbditos que eran y son consumidores y oficinistas. ¿Es eso acción? No lo es. La acción de las huestes de Blasco consistía en acabar con el rosario de la aurora a estacazos.

Tal fué la acción de los súbditos de Blasco. No había



manera de aclimatar el rosario de la aurora en Valencia, ni de aposentar tranquilamente al fraile Nozaleda en aquella diócesis. Cuando surgía en España fuera de Valencia capital un caso anticlerical, un cura renegado, el caso de la joven Ubao, el estreno de *Electra* de Galdós, lo acaparaba el anticlericalismo valenciano. Y si no podía acapararlo, le quitaba importancia o producía un descabro de faroles en el rosario de la aurora más próximo para apabullar a los que gritaban.

Aquella acción de los republicanos del Turia era insistente, tozuda. Sería muy difícil averiguar si los consumidores rompían faroles para seguir siendo consumidores, o si eran consumidores, empleados del matadero o escribientes para romper faroles. En los verdaderos anales de España las procesiones de descreídos disueltas por garrotazos creyentes tendrían una realidad objetiva cuando se estudien detenidamente.

Los republicanos de *El Pueblo* que no podían soportar el rosario de la aurora eran republicanos laicos, naturalmente; laicos en teoría; prácticamente vivían y morían con todos los sacramentos, y puede decirse que al levantarse del lecho para disolver una de aquellas procesiones matutinas valencianas se levantaban de un lecho que podríamos llamar puro, canónico, definido por los concilios, por los padres de la Iglesia, por los prelados y los magistrados de la curia eclesiástica; en cambio, los alegres clérigos valencianos que formaban la parte principal en cuanto a influencia en el rosario de la aurora, se levantaban de un lecho nefando; vivían en aquella promiscuidad tantas veces descrita por el Arcipreste de Hita al referirse a *fembra pla-centeria* y a concupiscencia con sotana.

Se daba, pues, el caso de que los anticlericales eran castos esposos de irreprochable conducta conyugal y práctica adhesión a los mandamientos, mientras que los clérigos vivían entregados a sus mujeres pasando tranquilamente sobre los cánones, y estaban unidos con risueña porfía a sus mujeres sin pasar ante el altar ni ante el juzgado. En vez de seguir aquel libre ejemplo anticlerical, los anticlericales procuraban insultar a los madrugadores que gustaban de rezar por las calles, gente en verdad molesta, pero no más molesta que los manifestantes republicanos que se permiten ocupar la calle que es de todos, incluso de los no republicanos; que se permiten ocupar la calle y saturar el espacio de oraciones tan absurdas como las oraciones católicas.

Aquella contradicción es la que califica con exactitud el carácter del rosario de la aurora y el carácter del rosario de Blasco, a la vez que explica lo que era acción republicana en Valencia con más claridad que todos los textos y todas las arengas que puedan alegarse.

Pero Blasco contemplaba la belleza de los huertos de naranjos, nunca en contradicción con las estaciones del clima, con el ambiente ni con el ritmo de las ráfagas tibias del invierno levantino, ajeno a los cánones y al rosario de la aurora. Amaba la festería algaraza de la tartana endomingada, cargada de bártulos para hacer una paella; sentía casi como ogro de la luz aquella voracidad de colores que no da matices porque ciega y traga más que ilumina; sentía como un aldeano que va a la feria la afición a los cohetes y la picante sensación del olor de pólvora; se entusiasmaba con la gastronomía del Mediterráneo hecha de salsas colorantes y macizos de arroz; se entusiasmaba con las albas, con las tracas y con las fallas, esos monumentos admirables que los valencianos construyen como valencianos y queman como críticos, siendo en realidad adoradores del fuego más que valencianos y que españoles, continuadores de los asirios en la cerámica, de los bizantinos en el gusto por las telas rameadas y de los moros en la dulzaina.

Almogávar de salud de hierro, describía Blasco un paisaje con tal impresión sensual que parecía comérselo. Algo parecido hacía Sorolla, el pintor. A plena luz solar no se

ven los colores. El sol los iguala sin contrastarlos. Los paisajes de Sorolla, como sus marinas, parecen pasta de Sorolla tragón de colores, porque se los comía. Lo mismo hace Blanco. Paladea el color rápidamente y después se lo come.

Sus figuras quedan cara al sol, tostadas como ídolos, en la primera época sobre todo. De la segunda se dijo que Blasco pintaba madrileños y andaluces avalencianados. Es posible que la afirmación tenga una razonable dosis de verdad: trajes de luces, majas desnudas, personajes cate-dralicios... Tal vez se exceptúe Salvochea, que aparece en *La Bodega*. En la tercera época se le ve asombrado a ratos y hasta pensativo. Le falta un poco de Algemesí o de Montolivet.

Hubiera ido a Cullera o a la estupenda Denia a sentarse en uno de aquellos patios encalados frente al mar; se adentraría por una de aquellas barracas limpias, cercanas a la estación *churra*, como dicen en Valencia; pero había de vestirse de etiqueta para hacer carrera y deslumbrar a los valencianos. También los deslumbraba cuando escribía cinco artículos diarios en *El Pueblo*, andaba a tiros por las calles contra los sorianistas a la vez que contra el rosario de la aurora y se batía en duelo con algún adversario que trataba de darse importancia o con algún espadón reumático.

Tantos tiros y tanta fecundidad periodística sabían a poco a Blasco. Quería ser conocido fuera de la puerta de Cuarte. Para ser conocido en América eligió dos malos caminos, dos actividades desdeñables: la colonización y la crónica oficiosa favorable de manera preconcebida y delirante a un bando de los que hacían la guerra. Su adhesión a Francia fué más bien una manía de contagio que procedía de su segunda esposa, deslumbrada, como tantos hijos y tantas hijas de América, por París. En el fondo seguía teniendo Blasco un carácter de *llauraors* que entra en escena para deslumbrar a los *llauraors* levantinos. Su *Argentina y sus grandezas* es un caso de monomanía delirante.

Llamándose demócrata y liberal, sometió, no a pesar de serlo sino por serlo, a servidumbre a unos colonos valencianos en América. Empeño imperdonable. Luchaba contra el feudalismo según afirmación propia, y quiso ser señor feudal en la Argentina. Los aventureros conquistadores y colonizadores españoles fueron lo peor de cada casa y lo peor del mundo. ¿Por qué los imitó Blasco?

Las novelas de la primera época, sus visiones de la Albufera, la tragedia incisiva de *La Barraca*, traducida por cierto, al alemán, por nuestro excelente camarada Gudel; todo aquel mundillo luminoso que huele a pólvora de traca, a procesión disuelta y a falla ardiente, tiene una calidad de colores vibrantes pero de colores no planos, de colores deshechos. Las faldas de las labradoras valencianas en días de fiesta, con la de las paredes recién blanqueadas, componen, no el color comido por el sol, sino un azulajo de Manises. Tiene Blasco el mérito en sus primeros tiempos de pintar a los campesinos casi siempre sin adulación. Recuérdese aquel huertano vengativo que espera tiempo y tiempo en un paraje del campo a que pase el rival para matarlo.

Las novelas que forman la segunda época—*Sangre y arena*, *La Catedral*, etc.—dejan de tener calidad porque sus personajes son huéspedes o intrusos. El anarquista que sale en *La Catedral* no es más que una pobre suplantación. No podía Blasco comprender las ideas anarquistas. Fué—desde los cuarenta años—un predispuesto a la euforia, al fácil regocijo frenético que da el clima, la temperatura amable, la flor del naranjo y la vida admirativa y lírica, amén de la buena mesa y las grandes voces. La tortura íntima de un anarquista, ¿cómo puede sentirla un aprendiz de millonario?

El despertar de España, de la España insurrecta, pasó en vuelo tendido al margen de sus novelas. Cuando hubiera podido presentir aquella insurrección, aposentado ya



en la Costa Azul como un ricacho valenciano desdeñoso y etiquetero que le hacían ser, estaba muy atareado con la vida de sus casi paisanos los Borgias. De quedarse en Levante pudo advertir la tragedia proletaria moderna de Sargento en vez de recibir visitas de rastacueros en su palacio de Menton y escribir artículos a doscientos dólares para turistas de la literatura, gente con reuma articular que va por el mundo agotando los repuestos de específicos.

No parece muy gallardo, en verdad, adular a tales calamidades huyendo de la vitalidad desbordante de los valencianos. Aquel buen sentido primitivo de *Vicentet* quedó ahogado por las ceremonias banales. Blasco, que no hablaba correctamente más que el valenciano, vivía en la Costa Azul como los millonarios de Europa y las millonarias de América, mascullando un francés increíble, más inteligible en Ruzafa que en Niza. Era el valenciano en Blasco un lenguaje de reinetes y meriendas, mucho más matizado que el francés imposible de protocolo. Era muy curioso observar en los labios de Blasco las infinitas significaciones del *che* pronunciado como expresión de sorpresa, de picardía, de invitación a la confianza amistosa, de camaradería, de interrogación, de estruendosa alegría. El tremendo sol valenciano y Blasco se comían el color, quedando al ocultarse el sol el rostro de los valencianos con un tono moreno que, siendo siempre moreno, tenía infinitas variantes, como el *che* en la fonética y el *pan quemao* en los desayunos.

El país valenciano era y es, más que jardín de flores y paraíso terrenal, como se dice en los himnos, un jardín, excesivamente egoísta al extender los naranjales por los riscos fríos de Vall de Uxó, excesivamente lejos ya de la zona de Alcira. Valencia tendrá que acotar su zona productora a términos razonables y dejar que las naranjas de Palestina, de Italia, de Africa del Sur, de Argelia, de California, llenen los mercados de la libra, del franco y del marco. Tendrá que prescindir de la química, que da abundancia pero no calidad de fruto. Tendrá que llenar quince o veinte mil camiones cada semana y dispararlos por el interior estepario de España para que de aquel interior y de sus bordes, no esteparios ya, llegue a Valencia lo que falta. A Blasco Ibáñez no le interesaban fundamentalmente estos problemas concretos. No veía que el paisaje valenciano se traga la red de vías estrechas que rodean a Valencia y hace falta que las comunicaciones tengan su importancia moderna adecuada al paisaje como mina de protos agrícolas, haciendo de esta mina una mina para todos y no para unos cuantos. Recordad aquellas vías estrechas de Valencia, su camino del Norte, estrecho también, pero con estación monumental. Recordad que la flora se traga las vías como se traga el sol los colores del mar y de la campiña. Si los capitalistas se tragan la producción y todos los valencianos siguen tragando humo de pólvora, volverá Valencia a los tiempos del Cid, castellano trágico de batallas y reyes, aunque tenga Valencia tantas vías estrechas como naranjos.

Blasco llevaba en *El Pueblo* unos albornoces que le daban cierto aire de sultán. A veces oía ditirambos que le dedicaban sus incondicionales como quien oye llover, y otras veces pretendía poco menos que hacer llover porque no se le halagaba. El antagonismo con Soriano era antagonismo del Mediterráneo, mitológico aunque burlón como la raza vasca, burlona aunque mitológica.

Millonaria de América era la consorte de Blasco, una millonaria protocolaria y dengosa que no comprendía la gloria de una albadá y prefería la Costa Azul.

Peleó Blasco contra Primo de Rivera y Alfonso. Escribió un libro intentando indisponer a Francia con el último rey. Vano empeño. Alfonso es hoy para la aristocracia un personaje importante y Blasco fué siempre un advenedizo para ella.

Las salvas en Valencia, el aparato oficial, las formaciones

y vítores, la ostentación sepulcral nada añaden a las novelitas nuevas de Blasco, las primeras; en cambio agravan las malas. Reconozcamos en la tierra levantina una afición espectacular verdaderamente obsesionante y una fuerte dosis de entusiasmo para sostenerla.

Blasco no era racialmente valenciano. Procedía su familia de Aragón, eterno conquistador de Valencia. En los riesgos de Teruel, tanto como en sus parameras, se siente la sugestión de Valencia. Sería muy curioso estudiar la intervención que tienen los montañeses en la concentración urbana de las grandes ciudades españolas.

Montañeses de Santander y de León irrumpieron en Madrid y en Sevilla para establecerse como comerciantes. Zaragoza tiene un capitalismo relativamente nuevo, oriundo del Pirineo inmediato a Jaca, como Pamplona del Pirineo navarro. El comercio valenciano entró en el siglo pasado por la Puerta de Serranos, es decir, por la Puerta de los Montañeses; y con el comercio, el trajinante o arriero, que llegaba desde las montañas de Teruel llevando en su mulo pequeño al joven destinado al mostrador. Muchas veces el joven quedaba entre el tumulto de Valencia, perdido y desolado, hasta que surgía un droguero establecido entre la Lonja y el Micalet o un pañero arrabalero y se hacía el enconadizo con el emigrante.

Uno de estos emigrantes fué Blasco Ibáñez. De permanecer apartado de la política y los privilegiados, hubiera merecido un homenaje popular. Entregado a la política y a los negocios, recibió el homenaje de la organización de negociantes y políticos que era la República.

¿Qué significan salvas y penachos junto al fervor del pueblo? Blasco no podía quejarse. Eran muy leídos sus libros. La política fué para él un derivativo absurdo de energía, un cauce desviado que malogró el ímpetu y despidió la voluntad del escritor.

Del homenaje que rindió la República a Blasco estuvo ausente el lector puro, el no contaminado de política, el que veía en los libros proyecciones de paisaje, temperamentos y perspectivas, no oposiciones a ráj de la novela como a la notoriedad en balnearios, hoteles caros y urbes con rascacielos.

Los lectores independientes nos quedamos con el Blasco en mangas de camisa, con el autor de «Entre naranjos», obra la más depurada desde el punto de vista pasional del paisaje. Es un libro que parece un puntapié dado por el autor a la iconografía neoclásica de su residencia de la Malvarrosa y de Menton. Obra de moro huertano y sensual, con defectos de estilo que pueden calificarse de maravillosos, al revés de las perfecciones frías de otros escritores.

Compárese «Entre naranjos» con «La reina Calafia». Esta última obra es una sugestión del Blasco sin pulso, embalsamado con el *smoking*, obra de palco y de cripta. En las evocaciones históricas fracasa el autor de «Sónica la cortesana», que quiere ser un retrato reflejo de las heroínas de Anatole France con unos siglos auestas; como fracasa en las novelas de asunto español rellenas de tópicos madrileños o provincianos vistos desde Madrid. En cambio, las obras valencianas tienen una gracia imperfecta y ácida, una devoción para los primeros planos y un color tan brillante como el de un trigal después de llover.

Los señores exquisitos que se burlan de Blasco porque era torrencial y poco analítico, porque pintaba con una brocha muy impregnada de color y porque tenía una estilografía que valía cuarenta dólares, harán bien en limitarse a no suscribir las muestras de idolatría que se dan en Valencia cuando se trata de exaltar a Blasco. Escriba con una abundancia de adjetivos enteramente levantina y torrencial, tan distinta, sin embargo, de la prosa de los levantinos Gabriel Miró y Azorín, que en adjetivos son pródigos, aunque empleados con una parsimonia doliente.



Estaba Blasco muy dotado para deslumbrarse y de ahí que deslumbrara a los demás. Deslumbrado hasta la saturación, aunque por poco tiempo, producía páginas que han sido calificadas de afrodisíacas. Con poca certeza se lanzó aquel calificativo. Porque lo afrodisíaco de una descripción sensual de Blasco puede serlo para un nervioso o un linfático, no para un humorista sanguíneo, que es lo que suele ser generalmente el valenciano. Incluso cuando vende horchata de cacahuet por horchata de chufas, cuando disuelve el rosario de la aurora y cuando su característica vestimenta va a vender naranjas cruzando Europa como cruza la Albufera y hablando de libras con más desenvoltura que no tienen, desde el punto de vista de la técnica monetaria, los ministros de Hacienda. Blasco era menos europeo que esos negociantes de blusa negra.

Por la época dictatorial se encontraron Unamuno y Blas-

co en un hotel de París. Dialogaba Blasco con el rector de Salamanca.

—¡Qué calle ésta!—exclamó Blasco contemplando la avenida de la Ópera.

—¡Pero aquellos Picos de Europa!—replicó Unamuno.

En estas dos frases están los temperamentos antípodas del cosmopolitismo. Blasco se entusiasmaba contemplando una calle de París, igual que se entusiasmaba un labrador valenciano. Unamuno suspiraba por los Picos de Europa, por el casticismo ganadero y montaraz, expresado por él mismo con la frase: «¡Que inventen ellos!»

Estos dos hombres ruralizados se dedicaron a la política republicana por el ruralismo en potencia que hay en los libros de los dos. Las juventudes auténticas les vuelven la espalda, con injusticia a veces.

Felipe ALAIZ

## Un cuento cada mes



EL puerto de Palos salió el vapor «Malthus» conduciendo los primeros pobladores civilizados de una colonia que, para hacer acto de posesión y evitar complicaciones, iba a fundarse en una de las más importantes islas de la Polinesia.

El primer cuidado del Gobierno fué hallar los que habían de representar la autoridad, la justicia, la salvación de las almas y el recaudador de contribuciones, porque nues-

tros gobernantes no hacen como los sastres, que primero necesitan el hombre y después le hacen la casaca, sino que ante todo se aseguran de que el mecanismo autoritario funciona bien ajustadito, y después le meten hombres que en el orden social queden tan libres y desahogados como las sardinas en el barril.

Teniendo ya un comandante general, el gobernador, un juez de primera instancia, un administrador económico y un limosnero eclesiástico de la diócesis correspondiente, con el personal necesario o superfluo de misioneros, soldados, notarios, abogados, escribientes, ordenanzas, guindillas, etcétera, etc., lo demás se arreglaría fácilmente. Para alistar trabajadores no se necesita más que publicar un sencillo anuncio pidiendo desesperados, y, como si se hiciese una sangría en un canal, en seguida se ha de cerrar para evitar la presentación de la multitud excedente, porque los desesperados por la miseria abundan que es un horror.

Además de los mandarines y sus familias, convenientemente colocados en los departamentos de primera, había en el vapor muchas familias obreras que se arreglaban como podían: de día sobre cubierta y de noche en la jaula, como las gallinas en el gallinero, no saliendo jamás de la parte de proa, dejando la popa, como residencia privilegiada y libertad de tránsito por todo el barco, a los que quedaban instituidos como señores.

La navegación fué buena en los primeros días; el «Malthus» cruzó el Estrecho, el Mediterráneo, pasó el canal de Suez y el mar Rojo, y salió al océano Índico con toda felicidad, haciendo concebir las más halagadoras esperanzas respecto al viaje.

La verdad de la narración me obliga a hacer una transi-

# AMORIA

ción violenta; el caso es que la bonanza tornóse en mal tiempo y, prolongándose mucho más de lo conveniente, convirtiéndose en temporal deshecho.

La tripulación trabajó lo humanamente posible; pero las fuerzas que dominaban eran tan poderosas, que todos los recursos técnicos y la inteligencia de los marineros quedaron en inmenso déficit, y aquel infeliz «Malthus», careciendo de medios de subsistencia, sufrió la suerte que su homónimo había profetizado para los que no tienen cubierto en el banquete de la vida, es decir, perdida la brújula, roto el timón, arrancada de raíz la arboladura, sin conciencia del punto que ocupaba en el espacio, y saltando alternativamente del profundo abismo a la cima de olas como montañas, acabó por estrellarse contra un imprevisto e invisible escollo, y se partió como un huevo cuando choca contra una piedra.

Ayes de terror, gritos de desesperación, voces en demanda de auxilio, todo se confundía con el bramido de las olas que servían de acompañamiento a aquellas notas agudas, formando una sinfonía magistral, ante la que el genio de un Meyerbeer o de un Wagner no sería más que una ridícula parodia.

Por fortuna, el escollo causante del naufragio formaba parte de una isla desconocida, y allí encontraron refugio y tierra donde poner los pies todos aquellos que no fueron arrebatados por las olas.

¡Noche espantosa la de los naufragos salvados! Casi todos, unidos por relaciones de familia y amistad unos con otros, según sus categorías, se encontraban solos, sin saber si el padre, el hijo, el esposo, la esposa, el hermano, o el amigo eran vivos o muertos. Ante aquella ansia tremenda, la vida era la parte peor. La naturaleza pasaba sobre aquellos infelices con la misma indiferencia que un caminante sobre un hormiguero. Truenos, relámpagos, lluvia, ruido atronador del mar, todo reducía al más infimo anonadamiento la esperanza y las ilusiones que poco antes les animaban.

Con la aparición de la aurora calmóse la tempestad; las nubes que produjeron esta especie de guerra civil entre las fuerzas vivas de nuestro planeta, se desvanecieron, y un sol esplendoroso iluminó las costas de una isla llena de hermosa vegetación y un mar que parecía no haber roto un barco en toda su vida.



Los náufragos se agruparon así que la luz del día permitió, y después de llorar cada uno la pérdida de las personas que más particularmente le afectaban, se empezó a pensar en la conversación del día.

Lo primero que se hizo, naturalmente, fué constituir las categorías sociales: quedaban el gobernador y el jefe militar, el capellán, el juez y el indispensable sacamantas, todos con desperfectos más o menos sensibles en sus familias, pero en disposición de continuar en el ejercicio de sus funciones.

Era necesario asegurarse de si la isla era habitada, y, en caso afirmativo, de si era pacífico u hostil el carácter de sus habitantes. Una comisión de los hombres más animosos, mandados por el jefe militar, quedó encargada de esta misión. Se necesitaba, además, con urgencia, preparar vivienda y alimentación, y, al efecto, se destinaron individuos para hacer una corta de árboles, recolectar frutas y cazar, a fin de satisfacer estas necesidades.

No se descuidó, como es de suponer, el auxilio de los náufragos aún en peligro, si los había, y el entierro de las víctimas que apareciesen.

Todo se organizó perfectamente; se hicieron algunos campamentos el primer día, en relación con las ideas sociales de los náufragos. Lo primero de que se preocuparon fué de un buen alojamiento para las autoridades y personas distinguidas; después, cuando todos pudieron dormir bajo cubierto, se vió que la casa popular no pasaba de un mal cobertizo de tercera, mientras que la otra, aunque para menor número de personas, era amplia y elegante.

La cuestión de las subsistencias se hizo grave, porque el repuesto de comestible vegetal se acabó a los pocos días, además de ser insuficiente para la alimentación de los europeos, y la caza y la pesca eran muy difíciles por la falta de armas y artefactos necesarios. Además, del trabajo de recolección estaban exceptuados los superiores, y solamente los inferiores proveían a las necesidades de la colonia.

Pasaba el tiempo, y ningún barco aparecía en el horizonte ni respondía a las señales nocturnas hechas por medio del fuego, y en todos acabó por dominar la idea de morir en aquel destierro.

Se acababan las ropas y esto, junto a la falta absoluta de todas las comodidades de la civilización, y, lo que más sensible era aún, la de casi lo necesario, preparaba a la colonia al retorno al estado salvaje.

Ya en esta situación, la naturaleza, siempre sabia, abrió el entendimiento de los colonos de tercera, haciéndoles comprender que si la sumisión a los llamados superiores era injustificada siempre, allí había desaparecido toda sombra de justificación, y, por consiguiente, la igualdad se imponía con toda necesidad.

Reunidos los proveedores de la colonia, sin iniciativa previa de nadie y apenas sin discusión, acordóse notificar a los señores, que el trabajo era una obligación para todos y que quien se negase a trabajar no comería.

Hecha la debida intimidación a los gandules de profesión, no por delegación ni comisión, sino por todo el grupo, los señores dieron orden a los inferiores que con ellos habían quedado, de reprimir aquella insurrección; pero éstos, comprendiendo que su deber y su interés estaban al lado de los insurrectos, hacia ellos se fueron, haciendo caso omiso de las censuras del gobernador, de los cháprios del comandante, de las amenazas del juez y de las maldiciones del cura.

Aquello fué una revolución triunfante en toda forma.

Entre los insurrectos había algunos que recibieron la iniciación revolucionaria en la Internacional, y, por consiguiente, sabían más sociología que el gobernador, que no había sido más que un periodista; que el comandante, que era un fanfarrón perdonavidas; que el cura, que si sabía latín y había estudiado la Suma teológica, ignoraba todo lo que es útil saber a las personas; que el juez, que tenía la cabeza atiborrada de leyes, pragmáticas, sentencias, etc., y no sabía hacer nada útil, y que el sacamantas económico, que

era muy competente en las matemáticas de la expoliación.

Entre los colonos unidos en el pensamiento de no hacer más el primo, y las autoridades sin un guardia civil de quien echar mano, no cabía dudar del resultado; y viendo mansos y avergonzados a los que en aquella situación aún tenían la ceguera del privilegio, uno de los del grupo revolucionario dijo:

—Una fatalidad ha deshecho todos los vínculos artificiales de la sociedad; la desgracia ha roto nuestras cadenas; entre vosotros, que limitábais nuestra libertad y nos usurpábais el fruto de nuestro trabajo, y nosotros, que éramos considerados como inferiores, ya no hay diferencia alguna, porque, subiendo nosotros al nivel natural y bajando vosotros del pedestal de vuestra soberbia, todos somos iguales. Si antes, vosotros, tiranos, nos mirábais con recelo, y nosotros como víctimas, os teníamos odio, de hoy en adelante, en que la igualdad comienza, todos somos hermanos; ni gobernador, ni comandante, ni juez, ni cura, es otra cosa que un hombre, y los títulos que os daban consideración privilegiada, son, desde hoy y para siempre nulos y sin valor; vuestras familias son familias nuestras; las necesidades de todos, así como las alegrías y las penas, son comunes; porque en esta situación, que representa para todos nosotros una regeneración, sólo podemos conservar la vida y esperar la llegada de un barco que nos ponga en contacto con la civilización, haciendo en verdad absoluta la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Aplausos, aclamaciones y alegría acogieron estas palabras. El gobernador declaró que renunciaba para siempre a las distinciones del mundo antiguo y que quería acomodarse a las condiciones naturales del mundo nuevo en que se veía obligado a vivir.

Las mismas declaraciones hicieron el juez, el comandante y el recaudador de contribuciones; pero el cura no quiso renunciar a la representación celestial de que se creía revestido y dijo:

—Renuncia. (?)

La actitud del cura fué la única nota discordante de la alegría de la colonia; pero todos convinieron en que si la excepción confirma la regla, un discolo en una agrupación comunista es un infeliz enfermo que tiene derecho, por su impotencia, a la asistencia de la sociedad.

Inmediatamente, poniendo a contribución los conocimientos de todos y aprovechando los recursos que la naturaleza suministraba, todos, hombres y mujeres, se distribuyeron para trabajar y hacer una confortable casa comunal, labrar tierras, cazar, pescar, criar animales, construir artefactos para aprovechar fibras vegetales y hacer vestidos; en una palabra: todo lo que era necesario y posible para conservar la vida.

El buen propósito de emanciparse de las preocupaciones del mundo viejo fué recompensado por la naturaleza, inspirando, además de los medios de conservar la vida, los de prolongarla.

Es el caso que la hija del gobernador había llegado a la edad núbil y se había hecho una mujer hermosa. Paseándose iba por la playa recogiendo conchas, vestido según la moda del país, con un sencillo delantal, porque no había tela para más, se encontró con un joven pescador de la colonia; al verse solos, contemplarse jóvenes, hermosos y llenos de salud, sintieron irresistible impulso amoroso y... héte aquí que el cura, que paseaba por allí rumiando teología, tuvo el disgusto de ver que se prescindía de él para todo lo que tiene relación con la procreación de la especie, y, haciendo de polizonte soplón, única ocupación digna del que no quiso fraternizar con los demás para el trabajo, le faltó tiempo para exponer al ex gobernador que su hija había faltado al sexto mandamiento, lo que Dios castiga cuando se hace sin la bendición y los latinajos de un cura.

Es probable que ciertas preocupaciones, destruidas aparentemente, impulsaran a aquel padre a enfadarse con su hija, pero cuando, reunida la comunidad por la noche, se



presentó la pareja amorosa, un trabajador, enterado del caso, que ya era del dominio público en la colonia, se interpuso entre el padre y los amantes y dijo:

—Lo que ninguna de nosotros había discurrido, lo que había escapado a nuestra previsión, lo ha hecho espontáneamente la naturaleza. Todos seguramente habremos pensado en que si estamos destinados a vivir y a morir en este pequeño rincón del mundo, la muerte irá arrebatándonos uno a uno, y espanta considerar la agonía de los que quedan los últimos: ¡La vejez, la enfermedad, la soledad! Pues no; estos jóvenes son nuestra esperanza y nuestra salvación, porque han inaugurado una nueva generación y todos debemos imitarlos, no sólo por el egoísmo de tener una generación sucesora que nos asista en las postrimerías de la existencia, sino para conformarnos con las leyes naturales que hacen que si una buena semilla se siembra en tierra abonada, fructifique. Nuestra vida y nuestros sufrimientos—continuó—no serán ya estériles. Si después de morir el último de nosotros, según la conducta que antes seguíamos, hubiese venido a este desierto un barco de un país civilizado, hubiera encontrado nuestros huesos sin provecho para nadie; la Naturaleza se habría reintegrado la materia que nos había prestado para la formación de nuestro ser, pero el mundo intelectual hubiera perdido la riqueza de nuestros sentimientos y de nuestras ideas; verdaderamente habríamos cometido un fraude en perjuicio de la humanidad. En esta

ocasión, como siempre, el amor nos ha salvado. Es lógico que un cura acuse como un delito la acción salvadora que hoy han realizado estos amantes; por eso representa el dogma inmutable; por eso es célibe; pero nosotros nos debemos a la naturaleza, a la vida, al amor, a la humanidad.

Las más grandes demostraciones de alegría acogieron estas palabras fecundas para la colonia como el «Creced y multiplicáos» del Génesis.

Algunos años, en aquella isla designada en las cartas geográficas con el nombre de Amoria, había un excelente puerto, una hermosa ciudad, campos bien cultivados y una población de aspecto alegre, sana e inteligente, dispuesta a mantener relaciones con todas las naciones del mundo, pero decidida a morir antes de dejarse dominar por ninguna, porque los amorianos eran tan valientes como buenos, y estaban dispuestos a sacrificarse por la patria, porque allí si que lo de todos era de cada uno y lo de cada uno para todos, porque todos disfrutaban positivamente del patrimonio universal que allí se había podido reunir.

Grande fué el desastre que padecieron los fundadores de Amoria, pero más grande fué su felicidad.

Por un trastorno revolucionario ha de pasar el mundo del privilegio para establecerse en el de la Solidaridad, el Amor y la Justicia.

Anselmo LORENZO

## UN RELATO

.....

## CONSIDERACIONES DE UNA VIDA BREVE

«Una de las estrellas venía, con vibrante cántico, hacia mí. Parecía buscarme... De pronto, explotó con estruendo en millares de chispas, me elevó en los aires y me arrojó de nuevo al suelo, mientras el mundo se desplomaba fragorosamente sobre mí.

Me encontraron cerca del álamo, cubierto de tierra y con muchas heridas.»

Hermann Hesse («DEMIAN»).



CUANDO comenzó el dolor sintió miedo. La mano manchada de sangre le impresionó hasta hacerle casi desfallecer. Estaba muy herido. La guerra era cosa seria. Tenía varios balazos en el cuerpo que iban a ocasionarle la muerte. Fué justamente en ese momento, con la mirada fija sobre su mano manchada, cuando se le ocurrió por primera vez que debía pensar sobre muchas cosas. La necesidad de accionar le desbordó de inmediato. Ahora, sin saber exactamente si su vida iba a tener o no continuidad, debía llevar a cabo su recapitulación. Pensar era ahora una necesidad que se imponía por sí misma. Era mejor hacerse a la idea de que todo había terminado. Era muy posible que así fuera. Su brazo no respon-

día en absoluto a su voluntad y un fuerte dolor, como si un roedor mordiera en su carne, le avanzaba por el pecho. De este modo podía considerar su vida como una totalidad, algo que se desprende de toda trascendencia y constituye un objeto por sí mismo. Algo que pierde contacto con el tiempo porque ha terminado. Algo que ha adquirido su propia fijeza por encima del pasado y del porvenir. Un presente realizado y absoluto.

Cualquier esperanza de continuidad transformara totalmente el punto de vista. Lo objetivo cedería inmediatamente su puesto a lo subjetivo. El resultado no tendría validez porque nadie puede analizarse a sí mismo sin que juegue en el punto de vista la propia naturaleza de lo que desea ser analizado. El estaba en el tiempo, dentro de la corriente del tiempo. Su vida, en cambio, terminada, estaba ya fuera



de él, como un objeto concreto e independiente, al que se podía mirar y analizar con entera objetividad.

\* \* \*

El campo. Un horizonte de predominante verde—el llano a un lado, la montaña al otro—había sido su niñez. El camino. Las zarzamoras, el romero, los álamos que miran pasar como quien pregunta: «¿Adónde irás a buscar una libertad que no sea la mía?» El río. Agua recién hecha en la nieve de la montaña, transparente, fecunda. El campo con una mano tendida bajo el cielo. El labrador trazando las líneas de su propia vida sobre esa mano, que es su mano.

\* \* \*

Su padre. Aquel marino que vino a echar raíces allí. Raíces de labrador. Vigorosas prolongaciones que surgieron de la húmeda madera de su barca. Muchos vientos y muchos mares se habían estrellado en ella. Su brújula, marcando siempre un horizonte concreto, su primer horizonte, lo devolvió al fin.

«Este es tu mundo. Hay otros mundos, pero este es el tuyo. Con lo que no quiero decir que debas encerrarte en él y negar los otros. Muy al contrario. Debes conocerlos. Pero llevarás siempre este horizonte dentro de ti. Serás cielo, Serás río, serás campo donde quiera que te encuentres. Cuando la vida sea demasiado dura contigo, porque tú hayas sido demasiado blando con la vida, tu ambiente se saturará con este mismo olor de romero. Te sentirás fuerte, aunque los demás no sepan verlo. Se dice que nosotros, los labradores, estamos demasiado cerca de la tierra. Eso dicen quienes no han visto jamás un horizonte labrantío. Es cierto, estamos muy cerca de la tierra, muchas veces metidos en ella hasta la cintura pero también estamos muy cerca del cielo. Se diría que aquí, donde la tierra es llana, se acerca más a nosotros. Los árboles llegan a él con mucha más facilidad que los rascacielos, esas vértebras artificiales cuyos nombres encierran simplemente un deseo insatisfecho.»

\* \* \*

El río. Sobre todo el río. Este era el recuerdo más concreto. El cielo hundiéndose en él, mezclándose con él como una misma cosa. Un solo horizonte con dos lunas. Había sido sobre todo río, agua de nieve bajando impetuosa desde la montaña para acabar allí. «Álamo, adiós. Tus pies son el vértice del ángulo que traza mi destino.» «¿A dónde irás a buscar una libertad que no sea esta que yo tengo?» «A pesar de todo adiós, álamo.»

\* \* \*

La escuela. Una mancha cegadora de sol sobre el muro blanco. La luz abriendo brecha en el espíritu que se entrega haciéndose más blando. Hay otros mundos, mundos maravillosos que rompen la línea de la tierra y el cielo y se alejan siempre infatigables, sin que nadie pueda nunca darles alcance. Pero es hermoso seguirles, seguirles siempre. La mano tendida. La mano terrosa del labrador tendida hacia lo inalcanzable, el eterno ignorar porque se sabe. El maestro. El hombre que apunta con el dedo y golpea con él sobre la mesa. La mesa que es el espíritu de todos sus alumnos y que él se esfuerza por ablandar con los rítmicos e incansables golpecitos de su dedo.

«Astronomía es la ciencia que trata de los astros. Nuestro espacio estelar es rico en constelaciones. La Osa Mayor, la Osa Menor—el carro y el carrito—, la Vía Láctea. El Camino de Santiago. El camino por el que todos los años viene Santiago a visitar a su pueblo. En el cielo los otros santos le miran con recelo porque dicen que está muy pegado a la tierra. ¡Es un santo de barro este bueno de Santiago! Las ancianas que todas las tardes desgranar sus

guisantes en la iglesia saben muy bien de esas enemistades del santo, pero todos los años salen una noche a su puerta para verlo pasar con su caballo blanco. El caballo de Santiago que pisa un camino de estrellas con sus herraduras de luceros. Es un santo de barro que ama a los hijos de su carne y gusta venir con frecuencia a observar como se cocina nuestra arcilla.

«Como venía diciendo... Astronomía es la ciencia que trata de los astros. Hay una astronomía humana. Esa no sirve. Las estrellas son mundos. Hay hombres que desean tener mundos en sus manos y simbolizan sus deseos con estrellas. Esa es una falsa astronomía que nada tiene que ver con la que nosotros tratamos de estudiar. Pero conviene que estéis enterados de que existe. Mañana seréis hombres y os veréis obligados a trabar relación con la astronomía de que os hablo. Hay hombres que opinan que la que se aprende en la escuela, la verdadera, la que yo os enseño, sólo es aprovechable para los poetas. Quiero preveniros para que no puedan engañaros. No os dejéis sugestionar por tales constelaciones. Esos hombres también hacen carros y carritos con sus estrellas, pero si no lográis separaros de ellos os uncirán a modo de caballería y os harán tirar de sus brillantes vehículos hasta que reventéis.

«Como venía diciendo... Astronomía es la ciencia que trata de los astros...»

\* \* \*

El pueblo. Las calles tortuosas que buscan las orillas de las casas. Las piedras hundidas en la tierra y que desafían a la lluvia con sus vértices. Los pies habituados se deslizan sobre esos filos en el llano y se apoyan en ellos en los repechos. La ola blanca del rebaño se pica y espumea al llegar al empedrado como siguiendo el dibujo de las mil siluetas puntiagudas. La plaza, hundida en el suelo de lo que fué una balsa, incesantemente observada por las ventanas de la escuela y el ojival campanario de la iglesia. La fuente, en el centro de la plaza, con su interminable canción escurridiza sobre la tinaja. El asno que espera paciente el peso del agua sobre su costado.

El sol se ladea. La plaza se llena de gritos y risas. La canción de la fuente se hunde dichosa en las claras voces de los niños. El maestro entorna su puerta gritando todavía desde el umbral alguna observación que se interpreta en el gesto de su oscilante mano y se pierde, como el agua, en la limpia alegría de sus alumnos. Mientras tanto, el sacristán abre las suyas a las cuatro ancianas habituales que cuentan sus oraciones y rezan sus cuentos todos los días a la misma hora. El maestro y el sacristán se miran un momento antes de saludarse con ligeras inclinaciones de cabeza. Hay todos los días en esas dos miradas un leve destello de rival desafío.

Estas dos miradas crecen y adquieren aristas día a día. Las inclinaciones del saludo se hacen cada vez menos rituales, más provocativas. Entre el maestro y el sacristán va ensanchándose la grieta. La risa de los niños en la plaza ahoga siempre la canción del agua que mana incesante de la fuente.

\* \* \*

El ferrocarril. Una vertiginosa carrera de árboles en fila india a una velocidad ni sospechada. El vértigo en el corazón donde se mezclan y amontonan los recuerdos que se rezagan, como los árboles, y los deseos de un porvenir que la imaginación crea. «Adiós, álamo». Los álamos se pierden, uno tras otro, en la lejana. Lo que avanza es el humo hacia la ciudad.

\* \* \*

La ciudad. La tierra, esa tierra de cuyo color tiene el labrador hechas las manos, sepultadas bajo una corteza de lava que el sol se esfuerza por ablandar todos los días. Dos horizontes concretos separados por una arista de agujas. El



cielo y sus estrellas por un lado, el asfalto y los faros eléctricos por el otro. No existe imaginación capaz de mezclarlos. Ni siquiera un río cuyas aguas oficien de puente.

Esa hilera de álamos sobre el empedrado, con su reja de hierro fundido, ¡qué tristes! ¿Dónde irás a buscar una libertad que no sea la mía? ¡Cómo se comprende aquí la pregunta! La libertad del árbol es el campo. ¿Será ésta la libertad de la piedra?

La Universidad. Un edificio en estado primitivo, muy cerca todavía de la tierra, por cuyas grietas se rebela contra el cemento en forma de enredaderas. La propia piedra no ha podido prescindir del musgo para vivir. Se diría que la trasplantaron del monte con la hiedra y todo, para que no muriera. Y no hay duda de que vive.

No todos los profesores son atrayentes. Los hay que a uno se le antojan tan artificiales como el cemento. Son los que deslumbran, los que miran al aldeano venido a la ciudad para aprender como a un peligro. Son seguramente los que han puesto rejas a los álamos de las aceras para que ninguno pueda huir al campo. Si uno sólo lograra llegar al bosque de origen y contara la tristeza que se desliza sobre sus hermanos junto a los faroles, peligraría la ciudad. Temen a la circunstancia que puede poner en movimiento a los árboles, porque piensan—y piensan bien—que hasta los vegetales tienen dignidad cuando un semejante corre peligro.

Otros son simplemente una prolongación del maestro. De nuevo el horizonte infinito frente a uno y otra vez las manos del labriego hacia adelante, abriéndose camino entre la niebla de lo desconocido, descubriendo mundos. Pero ahora son mundos reales. Las profecías del maestro de aldea se están cumpliendo. Ya no es necesario recurrir a la imaginación para representarse una astronomía humana, llena de peligros para el hombre joven. La ciudad contiene en acecho entre sus piedras todos esos peligros y todas esas diferencias. La tranquila canción de la fuente de aldea, que separa y ablanda todas las tardes las miradas del maestro y el sacristán, aquí es un abismo en cuya sima ruge un torrente de espuma. Aquí, esa grieta separa algo más que a las viejas que dan a Dios sus oraciones contadas, como el usurero sus dineros, y los niños que salen de la escuela. Aquí ese torrente separa a los propios estudiantes. Los hay que creen que los árboles han nacido para vivir dentro de una reja junto al farol de la acera, y que un metro cuadrado de tierra quemada les produce alimento suficiente. Creen también tener derecho a disfrutar de la sombra de esos árboles en verano y hacer leña con ellos en invierno. Todas estas cosas las creen porque las escuchan de boca de esos profesores hacia los cuales uno se siente atraído. Esto crea disputas y divisiones profundas, porque son muchos los estudiantes y los profesores que opinan todo lo contrario y que a uno le resultan más fácil comprender y querer.

\*\*\*

El amigo. Ese hombre hacia el que uno se siente empujado, que parece haber nacido justamente para estar ahí en ese momento de la adolescencia en que el despertar de la conciencia trae consigo un cúmulo de problemas que uno siente necesidad absoluta de compartir y cuyo puesto ni el propio padre puede ocupar, a menos que una especie de metamorfosis le transforme en algo menos y en algo más que padre. El hombre cuyo encuentro es una revelación en nuestra vida, revelación en su más intensa expresión por cuanto es la primera que nos da entera noción de nuestra sociabilidad. Intensidad que sólo una vez más se repetirá en la vida, en otra forma pero con innegables parecidos psicológicos, con el hallazgo de la mujer verdaderamente amada. El hombre que marcará una huella perdurable en el futuro. El hombre cuyas ideas y cuyas frases determinarán la puerta por la que entraremos en muchos aspectos de la vida.

«a vida de los hombres está organizada sobre principios injustos. Pero, fracasando o no, la justicia seguirá siendo el

único partido que podrá elegir la auténtica juventud generación tras generación. Nosotros llegamos cuando la injusticia estaba ya establecida en la Tierra. Cabe suponer que esto mismo pudo decirse también el primer hombre. Desde el momento en que somos capaces de constatar estos hechos, quizás lo único que pueda justificar nuestra existencia sea dedicarla a transformar, en el sentido en que nos ha sido dado imaginar, lo que hallamos a nuestra llegada y que nos repugna. Afirmar, como algunos hacen, que no es posible transformar sin convertirse en verdugo, es una forma poco simulada de sumarse al crimen, al de hoy o al de mañana. De cualquiera manera, el mayor crimen consiste en ser capaz de mostrarse indiferente ante el crimen de hoy, el que ven todos los días nuestros ojos. Mientras haya un hombre que se niegue al crimen habrá la posibilidad de terminar con él alejándose de él. Es en este sentido que la transformación debe ser entendida.»

\*\*\*

El amor. No había llegado imprevisto. No dejó por eso de ser una revelación, pero no sería justo decir que se le apareció de repente, como les place representarlo generalmente a los autores de novelas. Lo que por el contrario puede decirse es que cuando la mujer apareció, por fin, en su vida, hacia ya tiempo que estaba amando. Hay un momento de la adolescencia en que la conciencia despierta al amor. Desde ese momento, el amor, la ternura, es una necesidad que irradia hacia fuera de nosotros buscando un objetivo. Esa irradiación emplea mayor o menor tiempo en posarse, pero es lo cierto que desde el instante en que nace la necesidad de compartir el sentimiento estamos ya amando. Ella fué el espejo en que el amor necesita reflejarse para satisfacerse. Se abrió un nuevo horizonte. El más bello horizonte, sin el cual y desde que se le conoce, resulta difícil imaginar que la vida haya tenido sentido anteriormente. Los deseos, las esperanzas, las realizaciones se justifican a través del ser amado. La propia transformación de la sociedad humana en algo más bello que lo actual, en algo más bueno, encuentra su apoyo en este sentimiento, porque el amor es belleza y amar es sentirse un poco más bueno y porque dos seres que se aman sienten la necesidad de rodearse de belleza y de bondad. Necesitan la alegría del ambiente. En este sentido el amor es mucho menos egoísta de lo que generalmente se supone.

«Es triste tener que expresarse siempre con palabras ajenas, pero creo que es honrado reconocerlo. Cuando alguien ha logrado expresar perfectamente una idea, hecho cuya dificultad sólo conocen aquellos que alguna vez se han propuesto expresar algo recurriendo a la pobreza del idioma es preferible emplear sus propias palabras que intentar decir lo mismo en un lenguaje menos logrado, es también más honesto. Recuerdo haber asistido a la representación de una pieza teatral cuyo tema no importa ahora. Importa solamente una frase que la protagonista de la obra pronunció en un momento determinado: «No se puede vivir con frío eternamente». El amor precisa un tibio ambiente afectuoso. Ese ambiente no se resuelve únicamente entre los dos seres que se aman, quienes por este mismo hecho, el de amarse, se han constituido en unidad de sentimiento. Esa unidad requiere permanecer en una atmósfera tibia o arriesga morir de frío.»

\*\*\*

La guerra. Llegó como siempre llega, precedida de todos esos hechos que intentan justificarla por inevitable. No se trataba de una guerra común, como comunemente se entiende a la guerra. Era lo que se ha dado en llamar guerra entre hermanos, como si no lo fuesen todas. Ocurrió como si allí en la aldea, el sacristán, no pudiendo contener ya más la envidia que le daba ver al maestro rodeado de sus



niños cuyas risas competían con la canción del agua, mientras él, a pesar de sus esfuerzos no lograba mejor compañía que el de aquellas ancianas que al borde de la tumba se acordaban de Dios con regateos, hubiera intentado, al amparo de la noche, tomar la escuela por asalto. En este caso el maestro hubiera salido con sus muchachos a la plaza y la lucha habría convertido el agua de la fuente en burbujas rojas. Comenzó así, pero en mayores proporciones.

En pocas horas la grieta se acentuó hasta que sus bordes, igual que una herida, estuvieron separados por una boca de fuego. Esa herida, enconada a medida que transcurrían las horas, cruzó el país de un extremo al otro como la huella de un latigazo. La mayoría de los que, por su situación geográfica, no pudieron ganar rápidamente el borde de la herida que les correspondía, fueron abrasados en el núcleo. El resto, al amparo de una personalidad menos conocida, o menos acentuada, pudieron sumergirse en el eterno bosque de los indiferentes, que, a fin de cuentas, es siempre madera de reserva en los grandes incendios.

No tuvo suerte: quedó en la ratonera, en el lado que no le correspondía. Demasiado joven para ser considerado peligroso, se encontró partido en dos mitades. «Tanto empeño como han tenido muchos hombres en demostrar la existencia del alma y, que yo sepa, a ninguno de ellos se le ha ocurrido analizar ese momento de la vida en que tenemos el cuerpo en un lugar y el pensamiento, la esperanza y la ilusión en otro».

Volvió a él un sentimiento que había experimentado en la niñez. El atardecer de un día en que se alejó del pueblo atravesando un río. Al regreso la corriente había crecido. No era posible vadear el río ni prudentemente ni a nado. Frente a él los álamos del bosque que casi rodeaba el caserío se erguían como una llamada. Llegar hasta allí y toda la angustia del anochecer se habría disipado. Nunca había sentido el deseo de alcanzar algo con tanta intensidad. Invadido enteramente por el deseo, su pensamiento y su mirada permanecían fijos sobre los árboles, sin que ninguna otra cosa de las que le rodeaban, ni siquiera un sonido, distrajera su atención.

De este mismo modo, ahora también, deseó encontrarse en el otro lado, junto a los álamos que, como una llamada, se alzaban amenazadores en los picos de las montañas que rodeaban la ciudad sin alcanzar su objetivo. Nada lograba distraerle de su propósito, ni los disparos que todas las noches sonaban junto a un paredón cercano a su habitación.

Llegó la oportunidad. No lo era en forma afortunada, pero la esperanza, cuando tiene las raíces profundamente hincadas, no precisa de mucho para florecer. Le exigieron incorporarse a filas, le obligaban a pelear junto a los que no amaba contra los que amaba. Del otro lado estaban los álamos.

«¿Tienes tu manta, tu plato y tu cantimplora? Pues toma esto: el fusil todavía lo ponemos nosotros.»

Lo apretó con fuerza entre sus manos. Era una situación equívoca, pero ahora le parecía estar menos indefenso. Llegara al otro lado, junto a los álamos. En aquella oportunidad había pensado en la muerte. No como ahora, con la realidad de ahora. Fué una meditación un tanto abstracta. La situación predisponía a unir a la muerte la idea de heroísmo.

«La vida es la oportunidad que tenemos de elegir la muerte. No se vive para otra cosa, aunque muchos no se den cuenta. Cualquier elección junto a la vida es siempre

una elección frente a la muerte. Quien dice: «yo quiero vivir así», consciente o inconscientemente está diciendo: «yo quiero morir así». Sobre este principio está basada toda la libertad del hombre. La libertad, la verdadera libertad se aquello que respeta el derecho que cada hombre tiene de elegir su postura para tender los huesos en la tierra. No hay otra libertad humana ni otra justicia que no sean éstas que están limitadas por la muerte, como realización total de nuestra libertad. Toda idea colocada más allá de esa frontera—felicidad, libertad, justicia—no puede aportar al hombre, a la auténtica vida del hombre, que es ésta que vivimos día a día, más que infelicidad, esclavitud, injusticia».

Llegó la noche del combate, el ataque que era su esperada oportunidad. Todos los hombres en las trincheras sienten que los nervios forman una pelota en el estómago cuando les anuncian un ataque. Llegado el momento los acontecimientos desbordan el temor a lo desconocido, pero la espera es difícil de soportar. No pudo substraerse a todo ese proceso, su diferencia con los otros era que en él, además, la alegría se le acumulaba en la garganta.

Partió a la voz de mando junto a los otros hombres, caminó en la oscuridad entre los árboles y después entre los matorrales, pero cuando las ráfagas de la ametralladora barrieron el campo primero y comenzaron después a segar la fila que avanzaba, ignoró la misma voz de mando que ordenaba replegarse. Prosiguió impasible su camino, ligeramente encorvado hacia adelante, escondiendo instintivamente la cabeza entre los hombros, apretando entre sus manos fuertemente el fusil que no había utilizado. Vibraba el aire como el viento entre los árboles. Recibió un golpe en el hombro y casi instantáneamente otro en el pecho que le hicieron caer de bruces. Se arrastró aferrándose a los matorrales, avanzando siempre hacia aquella línea luminosa que titilaba como la Vía Láctea. Le hubiera gustado gritar: «¡Reconocedme, soy yo que vengo a reunirme con vosotros», pero era absurdo. Sintió otro golpe en la pierna derecha y otro en el centro de la espalda que lo inmovilizó.

\* \* \*

Estaba junto a un árbol. Comenzaba a clarear y las primeras luces apagaron la línea rojiza de los fusiles, envolviendo el campo en un extraño silencio: los pájaros hacían tiempo que habían huido muy lejos. Junto a él yacía una rama que la había desgajado de su tronco. La pulpa blanca asomaba entre la verde corteza desgarrada como una herida. Rezumadas lentamente, unas gotitas de savia, casi incolora, brillaban al reflejo del amanecer.

Este era el resumen. Allí estaba su vida como un objeto concreto e independiente al que se podía mirar frente a frente. Pero, aun en este momento, ¿era su vida realmente un objeto independiente de sí mismo? Todavía le preocupaba una idea: ¿Adivinaría alguien por qué había muerto? ¿Le importaría a alguien?

«Este es el momento más íntimo de mi vida. Nada puede cambiar el sentido de esta intimidad. Nadie ni nada puede justificar mi vida. O se justifica por sí misma o no se justifica. Sin embargo se diría que está esperando algo para partir...»

Perdió el conocimiento. Su cuerpo se hundió un poco más en la hojarasca empapada en su sangre.

J. CARMONA BLANCO



# APUNTES:



# DE ESPAÑA Y LO ESPAÑOL

(Impresiones en tres tiempos)

## TESIS UNAMUNIANA

### I

**E**N Calderón está la idea como representación del mundo; en Shakespeare es el hombre el númen, el símbolo. Uno expresa la humanidad por medio de ideas que, a su vez, se personifican: Segismundo, Pedro Crespo... El otro se dirige al mundo por medio de una unidad humana y la hace eterna fuente de grandezas o desvíos proyectándolos a la Humanidad: Hamlet, Oteló, Macbeth, Romeo y Julieta... Es decir, que la concepción aún similar en grandeza es distinta en exposición. Uno va al todo para crear la unidad. El otro crea la unidad para ir al todo. De lo que se deduce que el alma latina es idealista; el hombre vehículo de expresión de una grandeza, pero inferior a ella. El alma inglesa o sajona parte del hombre para crear la grandeza. Vive más en la Tierra y cree en la vida de un modo más terrestre, más hipógeo.

En lo español —Calderón— partimos de lo inmarcesible, para llegar a lo humano, cuando de lo humano debe de partirse —Shakespeare— para otear lo maravilloso que nos rodea; antenas frágiles creadas para captar. De ahí que el incisivo Unamuno diga: «...huesos encerrados en lo vivo por carne palpitante, huesos que admiran los osteólogos y paleontólogos en los dramas sarmentosos de Calderón y que en Shakespeare están vivos, con tuétano caliente...»

Y algo terriblemente español. Quizás una clave. «Calderón fué a buscar carne al teatro para su pensamiento...» ¿No es España, esa frase de Don Miguel el de Salamanca? ¿No es la carne española un pretexto para el pensamiento generoso y universal?

\*\*\*

Y no hemos llegado a la concreción. No poseemos la llave del problema de fondo. Somos dos montañas y un abismo. Lo «ideal», supremo anhelo de justicia, atizado y atezado por el ardiente sol mediterráneo, prolegómeno de las calderas del Pedro Botero africano y lo «práctico» rancio sabor de calva manchega donde Sancho Panza vive aferrado a la tierra y a fé que la comprende. El «abismo», la adaptabilidad de estas ideas, individuales, personalistas, de fiera irreducción a un común posible de conducta humana armónica, es decir, crear un «modus vivendi» con cabeza en el infinito y pies en la corteza terrestre. ¿Está ahí

el alma de España? ¿Ahí su infinita tragedia? ¿Su dualidad sin polarización posible?

\*\*\*

Posiblemente, navegando en ese mar de aguas procélicas que es el espíritu íbero, lograremos llegar al despeñadero donde termina la dualidad en algo inconcreto. ¿Hallaremos la pasarela que nos haga sortear el abismo de nuestra incomprensión? ¿Será el alma histrionica y genial de Shakespeare en yuxtaposición a la idealista y genial de Calderón, la clave de nuestra deducción, partiendo de la tesis unamuniana?

Nuestras ideas se mueven en un mundo calderoniano y nos olvidamos del abismo, sin pensar que el idealismo y el practicismo, sin una base común de realización, están condenados al fracaso. ¿Será preciso un inmenso captar de mentes por medio de deducciones? ¿Un intenso intra-estudio de nuestro ser y una tenaz raspadura de nuestros defectos? ¿Seremos alguna vez objetivos o ello equivaldría a dejar de ser españoles?

\*\*\*

Sí, es Wagner. El altisonante compositor alemán que nos dice con su pluma inspirada (no sólo se distinguió en la música) que el genial Calderón educado por los jesuíticos colegios de Madrid, Salamanca y Valladolid, estaba tan por encima de ellos que su agudo ingenio y vastedad de saber tuvieron que disfrazarse en trajes de conservadora traza, pero de aliento inmortal.

Había música en Calderón y Wagner, músico al fin, la oyó. Era una gama melodiosa e inspirada la que surgía de la pluma del veterano de Flan-des, madrileño de nacimiento, pero medularmente español, como Quevedo, Cervantes, Lope de Vega, Góngora y esa borrasca breve y brillante que se llamó Larra. Pero Wagner no sólo había oído la música; la había entendido. También él escribió en el pentágono algo perdurable y si se nos pidiera alguna agudeza diríamos que Wagner era «un mucho» de Calderón en sus óperas y poemas sinfónicos...

\*\*\*

Algo había en las marionetas inmortales de Shakespeare que indujeron al gran bardo inglés a no ser modesto. Así en un soneto de inmortal prestancia dice: «Serán tu monumento mis dulces versos; los leerán ojos todavía, no creados; y lenguas que aún no son, han de repetir tu existencia cuando hayan muerto los que alientan hoy en este mundo...» y algo había de desencanto a la par que graciosa majestad en esta frase de Segismundo, cuando al finalizar «La Vida es Sueño» exclama, entre otras cosas dignas también de mencionarse: «¿Qué os admira? ¿Qué os espanta?, si fué mi maestro un sueño —y estoy temiendo en mis an-



sias— que he de despertar y hallarme —otra vez en mi cerrada— prisión?

En ambos, Shakespeare y Calderón, o Calderón y Shakespeare, pues tanto monta... hubo un intenso anhelo de forjar un mensaje cósmico. Del hombre, para el hombre. Consustancialmente humano. En uno profundamente español, muy inglés el otro.

## II

### PUEBLO CON RITMO

Y somos un pueblo con ritmo. No tiene por qué parecer extraño. Así es. Ritmo vigoroso; ritmo motriz. Genera sentimientos exaltados de honda solera humana. Eminentemente justo; terriblemente fanático en sus convicciones. Allí todo es blanco o todo negro según la apreciación. De ahí que nuestras acciones de librepensadores tengan un casticismo, un adelanto, no sólo no alcanzado en otros pueblos, sino ni siquiera intuido. ¿Por qué los grandes músicos del pasado siglo y del presente captan en el pentágono las notas vigorosas del fandango y de la jota? Glinka confiesa su asombro ante España. Rimski-Korsakow exclama que la lleva en el corazón junto con su nativa Rusia. Chabrier piensa nostálgico en ella. Y a Bizet le cuesta la vida por «Carmen». Ravel y Debussy sueñan con Iberia, la fantástica; pueblo extraño y genial a la vez. Gautier, Dumas y otros dicen graciosas tonterías acerca de España. Y no es el sol que los enloquece; ni las pléyades de ninfas o silfos, de los que la península carece. Es la leyenda que cubre el altozano castellano o la sierra granadina. Es el ritmo de una Iberia frenética que penetra en el tuétano de lo inmortal. Es un pueblo con ritmo. Alguien me dijo que Irlanda tenía música por sus árboles y por los duendes de los condados. Otro me habló de España, pero de ella fué el hombre que la habita lo que le había interesado. ¿Por qué ve el extranjero principalmente al hombre de España? Esos mendigos altivos como caballeros que fascinaran al frío inglés; esos pastores de la triste Extremadura; esos campesinos castellanos, leoneses, aragoneses, catalanes; esos obreros de Madrid, Barcelona, Bilbao; los pescadores levantinos y vascos; los mineros asturianos... y esos curas trabucaires, bestiales, pero españoles al fin. Y esos revolucionarios. Sencillos, ardorosos en pos del ideal. ¡Oh verba inflamada de Espronceda! ¡Oh versos de Byron y del viejo Hugo! Sólo podéis cantar al ritmo incomparable del hombre de Iberia. Ritmo que es telúrico.

\*\*\*

Y ¿por qué?

Porque un día vi un miliciano con barba hirsuta, fusil en mano, oteando el horizonte. Y al preguntarle qué intentaba ver, me aclaró: «¡El pasado!», añadiendo: El futuro está tras de mí... ¡Debo de velar por él!...

## III

### NUESTRO IDIOMA...

Es el lenguaje castellano o español, producto de nuestro drama ibérico. El historiador Reparaz nos

dice con prosa concisa e incisiva que, en el Jalfato (época de la dominación árabe) ya se hablaban cuatro lenguas: dos sabias y dos populares; las primeras, el árabe y el latín. Las segundas, el árabe vulgar y el romance. Este último era tan importante que se usaba en el palacio del Jalfato, el cual lo hablaba. El romance (castellano antiguo) se pule con contactos galos e itálicos, sobreponiéndose estos últimos. La influencia de los clásicos latinos, a este respecto, es inmensa. Se considera a Nebrija como uno de los constructores del código definitivo del nuevo lenguaje. Un lenguaje al decir de Reparaz, cuanto más ciceroniano, mejor. Colegimos, por todo lo anterior, que nuestro bello idioma surgió en el matraz de la alquimia lingüística, tras un depurado proceso latino-árabe, dando por resultante una riqueza ilimitada de expresión, de que carecen otros ilustres colegas.

Reclús, en su estudio sobre España y su idioma, indica que, unas dos mil palabras semíticas designando objetos o ideas perduran en el castellano, como testimonio del desarrollo industrial y científico de los sarracenos de Córdoba y Granada.

Lo expuesto es concluyente testimonio de que, pese a la intolerante acción de los Reyes Católicos, el idioma tuvo florecimiento inusitado en los días del Califato, sufriendo la influencia de la cultura arábiga. Los vencedores usaron gran parte de las palabras de los vencidos. En definitiva, la victoria fué del naciente idioma español.

Y frente al indostano, al chino, al árabe, al ruso y sobre todo al inglés —el francés se bate en retirada y sólo el brazo de Cyrano lo mantiene en la brecha—, nuestro idioma, el español, sigue conquistando victorias en todas las partes del mundo. Aquí en América a Walt Whitman oponemos un Díaz Mirón, un Martí, un Sarmiento, Nervo, Darío y muchos más. El tentacular acento castellano, recio y bravo, surge en tierra india y también en tierra tagala (Filipinas) como lo más dulce de la Castilla que fué en tierras de Malasia.

Don Alfonso Reyes, en sus «Reflexiones elementales sobre la lengua», que no ha de ser otra que la española, nos indica con la erudición en él característica: «En la formación de la lengua española, y como elementos en suspensión que flotan sobre la masa del latín vulgar, hay elementos de las otras lenguas peninsulares ya enumeradas, e incluso de las prerománicas: ligures, turdetanos, vascos, fenicios, catagineses, griegos... hay aportaciones diversas de lenguas no peninsulares, como los términos guerreros y otros tomados a las hablas germánicas, las palabras árabes, etc., finalmente la cultura tras neologismos de gabinete (telégrafo, psicoterapia), y términos exóticos como los vocablos oceánicos: tabú y maná gratos a la antropología...» Es decir, que concurren circunstancias en el idioma español que lo hacen universal, pues forjado está con elementos de cósmica resonancia.

¿Podrá esta lengua nuestra ser la portadora del mensaje de liberación que anhela el mundo acongojado? ¿Será la polifonía castellana clarín de un nuevo Quijote terrestre? Son cosas estas que el tiempo ha de aclararnos; al arcano corresponde la respuesta. Nosotros nos limitamos a formularla.

Adolfo HERNANDEZ



## Sepamos vivir en anarquía

La propiedad privada y la autoridad son los dos pilares del régimen actual que se concretan en el Estado.

Las diversas revoluciones que han conmovido al mundo, se han hecho siempre en el sentido político, destruyendo las doctrinas de los precursores cuya labor se inclinaba a la reforma o a la revolución social. Todos los revolucionarios pregonaron la modificación de los regímenes gubernamentales y políticos en pro de organizaciones igualitarias, de libertad, sociales.

Parecerá a los poco entendidos y a los acomodaticios que la perfección, en forma de agrupaciones humanas, está en las democracias con algunos remiendos que pudieran efectuárseles, mientras los otros se complacen en afirmar que la igualdad es absurda, pues que todo en la Naturaleza es diferente y la libertad absoluta es no más que un devaneo de poetas.

Fosilizados en los viejos conceptos de la Economía Política, preguntan cómo, en una sociedad anarquista, se hará la distribución de los productos; cómo se regulará el consumo, cómo se conseguirá trabajo eficiente si el trabajo fuese voluntario y no obligado al lucro o al salario.

No es con pretensión a profeta que tomo parte en esta discusión, tirando consecuencias de los conocimientos adquiridos y de la experiencia hecha.

En el período inmediatamente postrevolucionario, serán tumultuarias las primeras horas de la gran revolución; la expropiación será necesariamente violenta y desordenada; el hecho de entrar en el goce de la riqueza social, hasta allí acaparada por los capitalistas, será realizado con demasiado celo quizá. Los años de miseria, explotación, injusticias y violencias llevarán a los proletarios de hoy al abuso de las riquezas transformadas en propiedad común y de todos, antes que un acuerdo se establezca para que la distribución se efectúe equitativamente, de modo que pueda satisfacer todas las necesidades, para la regularización consciente y justa del consumo.

La producción será fácilmente regulada por los productores, y de eso pueden hoy dar ejemplo las cooperativas de producción y los sindicatos obreros.

Se nos objeta que la inconsciencia de las masas, libertadas del dominio actual, las arrastrará a un exceso de consumo capaz de provocar una crisis económica mundial terrible, debido a la paralización del trabajo productivo. Arguyen que la producción, así desperdiciada, se tornará insuficiente para la alimentación general y para satisfacer otras necesidades de la vida. Sobre este particular, no entrando en cálculos y estadísticas ya hechas, respecto de la producción actual del mundo, suficiente para la satisfacción general de todas las necesidades y de todos, si fuese igualitariamente distribuida y no hubiese acaparadores, intermediarios y comisionistas, puede aceptarse, para discutir la hipótesis de falta de producción, de la insuficiencia alimenticia, y afirmar que los propios hechos experimentales obligarán a los hombres a un acuerdo y a regular entre sí el consumo, repartiendo los productos para satisfacer las más

elementales necesidades de cada uno. Todo ello puede aceptarse como hipótesis, pero nada más que hipótesis. Mas concretemos la discusión.

La experiencia y la ley de la necesidad serán los guías esclarecidos de la reorganización económica de la producción y del consumo, en el caso de que lo hipotético resultase verdadero; pero si hoy, una quinta parte de la población del mundo produce para el consumo de cuatro quintas partes, y si, a pesar de ser una parte de las fuerzas productivas utilizada en la fabricación de objetos inútiles, de lujo, ornato y de guerra; si la producción, a pesar de eso, con el adelanto a que hemos llegado mediante la técnica industrial, es suficiente para la alimentación de los hombres, cuando los almacenes están abarrotados de víveres y hasta se procede a la inutilización de las mercaderías en proporción; si el estrago y destrucción de las cosechas es criminalmente aconsejado para hacer mejorar la cotización de los productos alimenticios en los mercados, ¿cómo es posible pensar en un período de hambre cuando la producción sirva para todos y por lo menos la mitad de la población mundial trabaje efectivamente y produzca con utilidad?

Resumiendo: si una quinta parte hoy produce para el consumo de cuatro quintas partes y esta producción es suficiente, ¿cuál no será la producción cuando tres quintas partes produzcan?

Pero esto ocurrirá después de haber entrado la revolución en la fase orgánica, de serenidad, cesadas las luchas, replican con razón.

En la fase inicial, en la fiebre de la expropiación, en el momento de la vindicta, en que los hambrientos quieran saciar su hambre, por sí misma se integrará la fase de reorganización.

Cuando sean satisfechas las necesidades del momento, urgentes y tal vez excesivas, cada uno verificará, si todavía hubiera alguno que no fuese favorecido; y si tal hecho se verificara, sentirá que está cometiendo una injusticia igual a la que se acabó de destruir, y sería una nueva forma de tiranía que tiende a implantarse, pretendiendo sobreponer los excesos a las verdaderas necesidades de otros.

Los perjudicados necesariamente opondrán resistencia, lucharán para forzar a los egoístas a darles lo que les corresponde. El acuerdo vendrá, naturalmente, cuando todos hayan podido observar, de uno y otro lado, los errores en que han incurrido.

Sin autoridad, sin imposiciones legales, sin distribuidores y reguladores, que serían nuevos representantes de una nueva opresión, el consumo será regularizado en equidad de acuerdo con sus necesidades, y nadie podrá estar insatisfecho de ellas en perjuicio de sus vecinos.

Las energías revolucionarias y las fuerzas de la revolución han de orientarse por la experiencia adquirida y la moral anarquista antes de la revolución y por el aprendizaje de su conducta; serán impulsadas por la conciencia revolucionaria de las masas y por la educación anárquica,



que es el deber de todos nosotros intensificar en todos los ambientes.

Los burgueses que no se adaptasen a las nuevas condiciones de vida formarán su existencia de otro modo, y allí la han de definir, pero vegetarán.

Los regímenes políticos y gubernamentales de la actualidad están en franca decadencia. El Estado es un enorme espantajo, un edificio en ruinas que, visto de lejos, a la distancia en que el vulgo se coloca, parece un coloso, pero no es ya más que un montón de ruinas, remendado y reforzado por los ejércitos, por la policía y por los funcionarios que le corroen las entrañas.

Para impedir la distribución igualitaria de la producción y mantenerse, afirmase en sus dos apoyos: la *autoridad* y la *propiedad*. Destruído uno de ellos, aplástase. Desapareciendo la propiedad, ninguna razón justifica la existencia de la autoridad.

Así, las voluntades y las afinidades han de unirse, la solidaridad se impondrá y, después de un momento de confusión, desorden y lucha, el acuerdo mutuo y el libre acuerdo se harán, no existiendo quien quiera pavonearse de superior a los demás, ni de rico; no se apreciará más a los seudosuperhombres, reyes de los negocios de la Bolsa, acumuladores de las riquezas. Cada uno pudiendo utilizarse para satisfacer sus necesidades, de la población y de todos; no existiendo ventajas en poseer cosas ni objetos que todos

podrán tener fácilmente, nadie pensará en acumular bienes, y nadie exaltará, adulará y estimulará una clase especial de parásitos.

¿Quién podrá mantener como suyos los bienes de la colectividad y de ellos hacerse dueño exclusivo, si no contará más con la autoridad para garantizarle su posesión indebidamente?

La producción común, arrebatada para uso común, ha de tener conservadores, individuos encargados de clasificarla, pesarla, facilitar su expedición y salida de los almacenes, tomando nota de lo que se produzca con exceso, y menos utilizarla, de lo que tenga más consumo y que debe ser fabricado y producido en proporciones mayores. Cuando cada cual sepa que en los depósitos comunales existe todo con qué satisfacer sus necesidades más exigentes, que todo lo hallará fácilmente al alcance de su mano, ¿para qué intentará acumular en su residencia géneros alimenticios, tejidos, utensilios, joyas, etc.?

¿Qué adelantará teniendo como suya exclusiva una cosa de que del mismo modo se servirá cuando quiera cualquier otro?

No temamos a la libertad, y la revolución será un hecho. Seamos anarquistas y en anarquía viviremos.

Dr. FABIO LUZ

## BIBLIOGRAFIA

### «Mouvements ouvriers et socialistes - Chronologie et bibliographie : L'Espagne (1750-1936)» por Renée Lamberet

LES EDITIONS OUVRIERES — 12, Avenue Sœur-Rosalie, PARIS (XIII<sup>e</sup>)

Acaba de aparecer este libro, bibliografía de la Prensa de carácter socialista—en sus dos tendencias—y obrero, publicada en España desde 1750 hasta 1936, y cronología de los hechos de aspecto social y revolucionario producidos desde la aparición de un movimiento de masas asalariadas consciente de su fuerza y organizado como tal.

Renée Lamberet, con su escrupulosa objetividad y su preocupación constante por la verdad histórica, ha dedicado a este trabajo muchos meses de estudio y de compulsación de notas, consultando archivos y trabajando incansablemente en la búsqueda de fuentes nuevas. Hay algún error y algún olvido. ¿Cómo no haberlos, en obra de tanta envergadura y que abarca un período tan dilatado de años y tan denso en acontecimientos! Renée Lamberet, como Max Nettlau, sólo desea que se le señalen las omisiones, o aquellos errores cometidos muchas veces por inducción ajena a ella misma. Parte de estos trabajos ha de hacerse a base de re-

cuerdos de testigos o actores de los acontecimientos o conocedores de los textos publicados, la mayor parte viejos militantes cuya memoria falla a impulso de los años. Nettlau pasaba largas horas conversando con Soledad Gustavo, con Teresa Claramunt, con el viejo Boix, con Tomás Herreros, con Canivell, el director de la Biblioteca Arús, el mejor y más completo archivo de documentaciones sociales existente en Cataluña y que la guerra civil deshizo al viento. Luego contrastaba lo dicho por los unos y por los otros. Y sobre las concreciones aventuraba su juicio de historiador, siempre sujeto a revisión.

Renée sigue el mismo procedimiento, escuchando mucho, preguntando siempre, dispuesta incansablemente a ampliar, a modificar, a rectificar.

ooo

«Mouvements socialistes et ouvriers: l'Espagne», es el



primer libro de esta naturaleza escrito en lengua francesa y abarcando una bibliografía y una cronología casi completas de libros, periódicos y acontecimientos de la España obrera y revolucionaria, tan desconocida para el mundo.

El hecho de que se haya encargado este trabajo a Renée Lamberet, es para nosotros motivo de profunda satisfacción.

La figura, tan simpática y tan modesta, de Renée, su discreción ejemplar, su espíritu profundo y estudioso, la destinaban naturalmente a esta elección por parte de los editores que han sabido hallar inteligentemente la persona mejor situada para realizar a conciencia este trabajo.

Catedrática de Historia a una edad en que pocas mujeres y no muchos hombres han obtenido ya tal categoría docente, este hecho evidencia el valor intelectual y la madurez mental de nuestra amiga.

Surgida en el seno de una familia de viejos luchadores por la libertad. Renée creció en un ambiente propicio para que la simpatía por el anarquismo adquiriese en su alma fuerza irresistible. Su perfecto conocimiento de la lengua española y sus frecuentes viajes a España antes de 1936, la inclinaron hacia el estudio del movimiento socialista y obrero en el país donde las ideas de la Internacional adquirieron más profundas raíces y mayor desarrollo y vitalidad. Como Nettlau también, con el que tantos puntos de contacto tiene, nos comprendió porque nos amó, porque siguió paso a paso la historia de nuestras agitaciones y el desenvolvimiento armonioso de un pensamiento social que, arrancando de Olavide y el conde de Aranda, debía llegar hasta Mella y Lorenzo y el 19 de julio.

Hoy, conducidos por la mano suave y firme de Renée, muchos hombres de Francia y del mundo se familiarizarán con esta epopeya ininterrumpida de luchas y de sacrificios, seguirán la madurez inflexible y sin desmayos de una conciencia social formada en un pueblo de hombres rudos, tiernos, viriles y capaces siempre de abnegación y de entusiasmo. Lo incomprensible será comprendido gracias al hilo de Ariadna de esta historiadora, que conoce a fondo el laberinto español, sobre el que se han inclinado con curiosidad apasionada hombres como Gerald Brennan, como Burnett Bolloten y como tantos otros para los que el «caso español» es un hecho histórico de inusitada importancia.

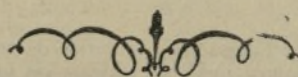
No podemos dar, en estas líneas, más que la noticia de la aparición de este volumen tan interesante para los españoles como para los franceses. Son muchos los que ignoran la bibliografía del pensamiento social ibérico y la cronología de acontecimientos escalonados que va de la expulsión de los jesuitas y la fundación de las Sociedades Económicas de Amigos del País, hasta la C.N.T. y la U.G.T. asumiendo la responsabilidad de la reconstrucción social y económica de España en 1936.

Para los compañeros que deseen conocer a fondo la evolución del movimiento socialista y obrero en España desde sus orígenes hasta la Revolución, «Mouvements socialistes et ouvriers: l'Espagne», es una fuente preciosa de consulta. Nettlau historió la Internacional y la Alianza en España y, siguiendo su sistema de buscar las causas, abarcó los periodos que prepararon el desarrollo de las ideas internacionalistas y la influencia bakuniniana en nuestro país. Lamberet, en forma de síntesis, abarca esos periodos y los que les siguieron, a través de los cuales se produjo la constitución de la C.N.T., la eclosión del sindicalismo revolucionario, como eco del movimiento sindicalista francés de la época gloriosa de los Pelloutier, los Grifuelhes, los Pataud, los Pouget, de la fundación de la C.G.T. y las Bolsas de Trabajo; las grandes agitaciones sociales que escalonaron el primer cuarto del siglo XX; los Congresos obreros y la producción masiva de una literatura en la que maduraba el estudio económico, social, filosófico, moral de los problemas y en que nacía el gran cuerpo del socialismo anarquista.


Renée Lamberet nos lleva de la mano por este bosque de sucesos y de ideas y siguiéndola llegamos al conocimiento de un pasado que explica nuestro cruento presente y afirma nuestra confianza indestructible en el porvenir.

Esta lección de historia es también una lección de entereza, de energía y de fé activa, tan necesaria hoy, en que tantas conciencias vacilan y tantas almas se ofuscan, perdiendo de vista las verdades esenciales y los objetivos concretos.

Federica MONTSENY.







POETAS

*de ayer y de hoy*



# PILEGARIA

== *por el nido* ==

¡Dulce señor, por un hermano pido  
indefenso y hermoso: por el nido!

Florece en su plumilla el trino;  
ensaya en su almohadita el vuelo.  
Y el canto dicen que es divino  
y el ala cosa de los cielos.

Dulce tu brisa sea al mecerlo,  
mansa tu luna al platearlo,  
fuerte tu rama al sostenerlo,  
corto el rocío al alcanzarlo.

De su conchita desmañada  
tejida con hilacha rubia,  
desvía el vidrio de la helada  
y las guedejas de la lluvia;

Desvía el viento de ala brusca  
que lo dispersa en su caricia  
y la mirada que lo busca,  
toda encendida de codicia...

Tú que me afeas los martirios  
dados a tus criaturas finas:  
la cabezuela de los lirios  
y las pequeñas clavellinas,

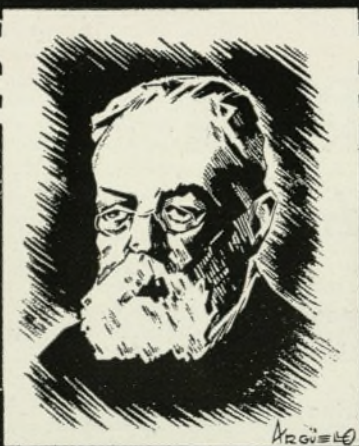
Guarda su forma con cariño  
y lo caliente tu pasión.  
Tirita al viento como un niño  
y se parece al corazón.

Gabriela MISTRAL



Anselmo Lorenzo

# EL Proletariado *Militante origen del* Sindicalismo



Ediciones MLE-C.N.T.

## EL PROLETARIADO MILITANTE

(Origen del Sindicalismo)

Por Anselmo LORENZO. Dos tomos con 528 páginas. Precio de los dos tomos, incluidos los gastos de envío, 250 francos.

Pedidos a «CNT»

4, rue Belfort, TOULOUSE

C.C.P. 1197-21 — Toulouse

### “La C.N.T. en la Revolución Española”

por José PEIRATS

Materias contenidas en el segundo tomo:

- Capítulo XVI. — ESPAÑA ANTE EL MUNDO.
- Capítulo XVII. — VIDA ORGANICA Y UNIDAD SINDICAL.
- Capítulo XVIII. — LA SOMBRA DEL KREMLIN.
- Capítulo XIX. — EL MILAGRO DE LAS INDUSTRIAS DE GUERRA.
- Capítulo XX. — LA MAREA CONTRARREVOLUCIONARIA.
- Capítulo XXI. — LOS SANGRIENTOS SUCEOS DE MAYO.
- Capítulo XXII. — LA CRISIS DEL GOBIERNO LARGO CABALLERO.
- Capítulo XXIII. — OCASO POLITICO DE LA C.N.T.
- Capítulo XXIV. — IRONIAS DE UN PRIMER ANIVERSARIO.
- Capítulo XXV. — DESTRUCCION DEL CONSEJO DE ARAGON.
- Capítulo XXVI. — LA CRISIS DEL PARTIDO SOCIALISTA.

Precio del ejemplar: 700 francos

Diez por ciento de descuento a partir de cinco ejemplares. Pedidos a «CNT», Hebdomadaire. C.C.P. 1197-21. TOULOUSE (H.-G.).

80 frs

Ayuntamiento de Madrid